CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMÁTICA

DE

D. JOSE GARCIA DE SOLIS.

DIOS, MI BRAZO Y MI DERECHO.

8 rs.

N.º 210.

MADRID:

Libreria de la Viuda é hijos de D. José Cuesta, Carretas, número 9.

Libreria de Moya y Plaza, sucesores de Matute, Carretas, n.º 8.

SALAMANCA: ESTAB. TIP. DEL HOSPICIO.

CATALOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CIRCULO LITERARIO COMERCIAL

DRAMAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

La Batalla de Lepanto.
Frutos amargos.
El Monarca cenobita.
Miguel el esclavo.
Soberbia y humildad.
Cid Rodrigo de Vivar.
La india.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó Los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La pasion.
El hijo del Ciego.
El Castillo de Balsain.
Los contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La niña del mostador.
La mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El curioso impertinente.
La aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La estrella de las montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristóbal Colon.
Un hombre de Estado.
El primer Giron.
El tesorero del Rey.
El lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El bufon del Rey.
Un voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el Ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el Chico.
El fuego del cielo.
Un juramento.
El dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.
El hijo natural.
El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien más mira ménos vé.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las indias en la Córte.
¡Mejor es creer!
Los órganos de Móstoles.
La escuela de los Ministros.
El fondo y la corteza.
El tesoro del diablo.
La flor de la maravilla.
El agua mansa.
Un infierno ó La casa de huéspedes.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El Peluquero de Su Alteza.
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas.
Tres al saco.
Un inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.

v. 17 #12

DIOS, MI BRAZO Y MI DERECHO,

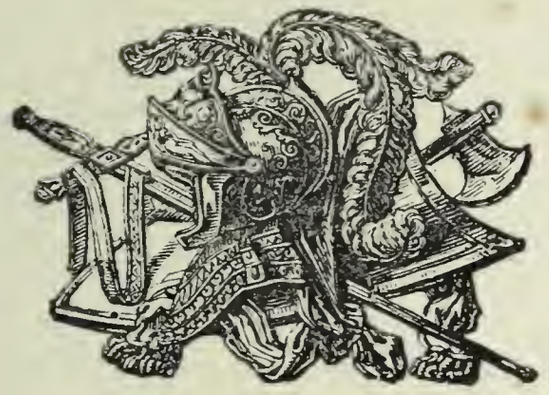
DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JUAN DE ARIZA.

Representado por primera vez en el Teatro del Príncipe el 16 de Abril de 1853.

TERCERA EDICION.



N.º 210.

SALAMANCA:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DEL HOSPICIO.
1867.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign

https://archive.org/details/diosmibrazoymide00ariz_0

860 82
Sp24
v.17 n.12

Esta obra es propiedad de DON JOSE GARCIA DE SOLIS, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título ó represente en algun teatro del reino ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844 y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que distingue á los legítimos.

Gen. Rev. Spanish

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA THEUDA, *infanta de Leon*.	D.ª JOSEFA PALMA.
SANCHO GARCÉS..	D. JULIAN ROMEA.
GARCÉS DE GUEVARA.	D. ANTONIO PIZARROSO.
THUDEMIRO, *obispo de Pamplona*.	D. PEDRO SOBRADO.
EL CONDE GOMEZANO.	D. FRANCISCO OLTRA.
VIGILANO.	D. JOSÉ PLÓ.
RODRIGO.	D. ANTONIO LOZANO.
FORTUÑO.	D. PATRICIO SOBRADO.
LUPO.	D. JOSÉ SOTOMAYOR.

DAMAS, OBISPOS, ABADES, NOBLES, GUERREROS, HERALDOS, PAJES, CAZADORES, PUEBLO.

Epoca 904.—La escena, el primer acto en las montañas de Navarra: el segundo al pié del muro de Pamplona: el tercero en el alcázar de esta ciudad, y el cuarto en una abadía poco distante.

ACTO PRIMERO.

Un salon ruinoso de un castillo desmantelado, con una puerta tosca y de una hoja, en el fondo, y una secreta á la derecha, que sirve de entrada á un subterráneo. La puerta del fondo tiene dos grandes armellas, una en el marco y otra en la hoja, pero carece de barra que pase por ellas.

ESCENA PRIMERA.

RODRIGO.—FORTUÑO.—CAZADORES.

RODRIGO. Pronto llegará Garcés,
pues aquí nos dimos cita
y poco tardará estando
terminada la batida.

FORT. Sancho Garcés no se rinde
fácilmente á la fatiga;
al javalí cierra el paso
y sigue á la corza herida.

RODRIGO. ¡Vive Dios! que es un mancebo
de estremada valentía,
y, si bien lanza un venablo,
mejor una lanza enristra.
Mozo de tanto provecho
tener mas tierras debia,
mas de algun tiempo á esta parte
están muy mal repartidas.
Su padre Garcés Guevara,
aunque de ilustre familia,
se encuentra en desgracia desde
que murió el rey don García.

FORT. Cómo ha de ser, si don Gomez,
á quien los cielos maldigan,
á los que bien al rey muerto
sirvieron, oprime y pisa.
En los reinos de Sobrarve
y Ribagorza domina,
y sabe el diablo del modo
que administra la justicia.
Ofrece siempre reunir
concilio, para que elija
un sucesor al monarca
que asesinó la morisma;
y con livianos pretestos
ó con astucias indignas,
de la augusta ceremonia
no deja llegar el dia.

RODRIGO. Al fin harán nuestros brazos
que de su intento desista;
pues ¡vive Dios! que ya cansa
su arrogante tiranía.
Las águilas de estas sierras
somos, y aves de rapiña
seremos para arrancarle
la corona que codicia.
Busquen sucesor al rey...

ESCENA II.

RODRIGO.—FORTUÑO.—CAZADORES.—VIGILANO, en trage de ermitaño, por el foro.

VIGIL. Buscarlo no necesitan
los reinos, pues les dá uno
la Providencia divina.

FORT. ¿Quién es, anciano?...

VIGIL. Su hijo.

FORT. Tu frágil memoria olvida
que no tuvo hijo varon
el muerto rey don García.

VIGIL. Muy jóven eres; no habrán
aun llegado á tu noticia
los curiosos pormenores
de una historia peregrina.
Cuando sobre los monarcas,
por una estraña perfidia,
cayó el moro en Lecumberri;

estaba la Reina en cinta.
Muchos fieles servidores
formaban su comitiva,
pero muy pocos lograron
huir de la espada homicida.
Tres solos, cuando la noche
tendió su negra cortina,
osaron volver al campo
de la atroz carniceria.
Era el uno caballero
de nobleza muy antigua,
obispo el segundo, el otro
entendido en medicina.
Revolviendo los cadáveres
hallaron al Rey sin vida,
pero al tocar á la Reina
percibieron que gemia.

FORT. ¿Y la salvaron?

VIGIL. Escucha.
Sus convulsiones continuas
daban á entender que estaba
muy próxima á la agonía.
Agua la echaron al rostro,
y al recobrar habla y vista,
lanzó al mundo el tierno infante
que en sus entrañas traia.
Por su mandato en el hombro
del niño trazó una herida,
señal indeleble, el médico;
y entonces la Reina misma,
con una aguja de oro,
sirviendo sangre de tinta,
contó en un lienzo la historia,
y al pié le puso su firma.
Doña Urraca, bajo el peso
de sensaciones tan vivas,
al poco tiempo quedó
sin habla y desfallecida.
Intentaron sus amigos
á otro lugar conducirla,
mas la hallaron de repente
inmóvil, pálida y fria.

RODRIGO. ¿Murió?...

VIGIL. Sí. Con las del Rey
se enterraron sus cenizas;
y ante el trono de Dios juntos
ambos esposos habitan.

FORT. Nos has contado una historia

estraña para creida.

VIGIL. Aunque es muy estraña, jóven,
hay pruebas que la autorizan.
En primer lugar la página
que dejó la reina escrita,
y en segundo los tres hombres
que su verdad atestiguan.

FORT. ¿Murieron esos testigos?

VIGIL. Viven los tres todavía.

FORT. Sabes Rodrigo, que el cuento
la caballera me eriza...

RODRIGO. Tanto como á tí, Fortuño,
me causa pavor y admira.
Nosotros nacimos nobles,
(A Vigilano).
y odiamos la tiranía
de ese Conde Gomezano
que los reinos esclaviza.
Aquí mismo con razones
agrias, fuertes, atrevidas,
condenamos sus escesos,
sin parar miente en sus iras.
Seguro en nuestra palabra
y bien probada hidalguía,
los nombres de esos testigos
es preciso que nos digas.

VIGIL. No puedo.

FORT. Nuestra lealtad...

VIGIL. Merece toda mi estima;
pero á callaros sus nombres
un juramento me obliga.

FORT. ¿Nos has dicho que del rey
el hijo vive?

VIGIL. Lo afirma
mi lealtad.

FORT. ¿En qué parage
se oculta?

VIGIL. En nuestras provincias.

FORT. ¿Qué nombre lleva?

VIGIL. Callarle
es fuerza.

FORT. ¡Fatal enigma!

RODRIGO. ¿Sabe su orígen?

VIGIL. Lo ignora.

RODRIGO. Buen anciano, mas valdria
tu silencio, que dejarnos
con tan escasas noticias.

VIGIL. Ya sabeis que hay en Navarra,

por descendencia legítima,
un natural sucesor
del muerto Rey don García.

RODRIGO. Y ¿qué podremos hacer
en su favor, si te obstinas
en ocultarnos su nombre
y el lugar en donde habita?

VIGIL. Podeis esperar, teniendo
vuestras armas prevenidas.

FORT. ¿Y quién, para manejarlas
será nuestro jefe ó guia?

VIGIL. Uno que por su valor
á los mas bravos eclipsa.

FORT. Rompe, anciano, ese misterio
que nos confunde é irrita.
(Suena un cuerno de caza).

VIGIL. No es tiempo, llaman, y Sancho
mucho tarda.

RODRIGO. Sí, á fé mia.

VIGIL. Debeis salir en su busca
por si auxilio necesita.

FORT. ¿Nada mas nos dices?

VIGIL. Nada.

FORT. Mucho callas...

VIGIL. Me precisa.

RODRIGO. Anciano, guárdete el cielo.

VIGIL. Que él á todos os bendiga.

ESCENA III.

VIGILANO.

Ya era tiempo que quedara
en soledad mi retiro;
pues cerca están Thudemiro
y el buen Garcés de Guevara.
(Suena otra vez el cuerno).
Me repiten la señal.
Olvidan que vivo alerta.
Antes que empujen la puerta
me hallarán en el umbral.
(Cierra la puerta del foro, sujetándola con su báculo y abre la secreta).

ESCENA IV.

VIGILANO.—GARCÉS DE GUEVARA, en trage de guerra.—THUDEMIRO, con hábito de monge.

GARCÉS. Pasad, obispo. Salud,
Vigilano.
VIGIL. Guárdeos Dios.
Habeis mostrado los dos
ardiente solicitud.
THUDEM. No hay momentos que perder;
y hoy nos hallamos de modo
que es fuerza arriesgarlo todo
para luchar y vencer.
GARCÉS. En tan suprema ocasion,
si mucho el peligro apura,
no nos faltará bravura
ya que nos sobra razon.
VIGIL. Si la empresa no es pequeña,
la buena intencion la abona.
¿Venís, padre...
THUDEM. De Pamplona
y de San Juan de la Peña.
Cuando yo, de la ciudad
salió el conde Gomezano,
cada vez mas fiero y vano
con su inmensa autoridad.
Encontré en el monasterio
el lienzo con sangre escrito,
joya de precio infinito
guardada con gran misterio.
VIGIL. Y, trayéndola con vos,
ya la tendreis preparada...
THUDEM. No; mucho mejor guardada
queda en la casa de Dios.
Y pues que á grave querella
el tirano nos provoca,
toda precaucion es poca
para salir bien en ella.
GARCÉS. Teneis sobrada razon
para obrar tan precavido.
Yo mi palabra he cumplido,
y ahora llego de Leon.
VIGIL. ¿Traes noticias de interés?
GARCÉS. Muchas y ninguna buena.

Se niega doña Jimena
á secundar á Garcés.
Fábula llamó á la historia
que llorando referí;
y, para dudar de mí,
no tuvo en cuenta mi gloria.
Cansada de mi porfía,
desdeñosa y altanera,
me dijo: «Soy la heredera
»de mi padre don García.
»Y si, aunque de heróico pecho,
»por mujer una corona
»no me ciñen en Pamplona,
»traspasaré mi derecho.
»De mi hija Theuda la mano
»pide, con afan prolijo,
»para su heredero é hijo
»el buen Conde Gomezano.
»La demanda admitiré
»y, como dote, bizarra,
»la corona de Navarra
»á doña Theuda daré.
»Espera, dispersa grey,
»para remediar sus daños,
»despues de veinte y tres años
»el pueblo navarro un rey.
»Y con fundada alegria
»proclamará presuroso
»rey de navarra al esposo
»de una nieta de García.»
Así dijo, y con la mano
me mandó al punto salir;
no queriendo permitir
que hablase mas de su hermano.
Antes de dejar corrido
las montañas de Leon,
tomé la resolucion
de hablar al rey su marido.
Alfonso el Magno tampoco
dió crédito á mi relato,
y, llamándome insensato,
me despidió como á un loco.

THUDEM. Poco resultado al fin,
despues de fatiga tanta.

GARCÉS. Aun hay mas; ayer la infanta
pisó el navarro confin.
A su encuentro Gomezano
salió con su córte toda;

en breve se hará la boda,
y él reinará soberano.

THUDEM. Bien podemos todavia
poner coto á su ambicion,
probándole la traicion
que hizo al buen rey don García.
A los moros avisó
que en Lecumberri triunfaron;
y si allí nos derrotaron...

GARCÉS. Fué por él; bien lo sé yo.

THUDEM. Con las pruebas del delito
el moro lo humilla y goza.

VIGIL. El walí de Zaragoza
ofrece dar el escrito.

GARCÉS. ¿Le habeis visto?

VIGIL. Sí. Tambien
dice que dará el tesoro
por cien mil doblas de oro.

THUDEM. ¡Fuerte suma!

GARCÉS. No: está bien.
¿Teneis mas que decir?

VIGIL. Nada.

GARCES. ¿Y vos?

THUDEM. Tampoco.

GARCÉS. Sacamos
en claro que nos hallamos,
al comenzar la jornada,
sin auxilios de Leon,
sin la prueba del delito:
mas con un sangriento escrito,
fé, derecho y decision.
Fáltanos para tan alta
empresa; en ello convengo...
pero no doy lo que tengo
por todo lo que me falta.
Pues contra dolo y malicia
no necesita favor
quien honra tiene y valor,
y sobre todo, justicia.
Vamos á empezar. Soldados
de tal condicion debemos
tener, que los encontremos,
siempre fieles, siempre osados.

VIGIL. Ya la juventud guerrera
de estas montañas marcial
solo espera la señal,
el caudillo y la bandera.
Aquí mi voz escucharon

sin vacilacion ni miedo,
y defender con denuedo
al hijo del rey juraron.

GARCES. ¿Saben su nombre?

VIGIL. Jamás
lo pronunciará mi boca.
Obrar y callar me toca,
callo y obro, y nada mas.
Está tranquilo, Garcés.

GARCÉS. Prudente en todo anduviste,
pues deben saber que existe,
sin que adivinen quien es.
Y con tanta precaucion
marcharé sobre el abismo,
que no ha de saber ni él mismo
su preclara condicion.

THUDEM. ¿Quiéres ocultarle?...

GARCÉS. Sí.
Quiero ocultarle su nombre,
Thudemiro; y no te asombre,
porque nos conviene así.
No quiero que contra él
pueda el Conde Gomezano
lanzar dardos inhumano,
hallándolo sin broquel.
Y hasta de su mismo ardor
quiero librarlo en verdad,
que cuenta muy poca edad
y tiene mucho valor.

THUDEM. ¿Tomarás el mando, pues,
de la hueste?

GARCÉS. La destino
otro jefe.

THUDEM. No adivino
quien...

GARCES. Mi hijo Sancho Garcés.

THUDEM. ¡Sancho!

GARCES. Se apresta á lidiar
con lealtad, con bizarría,
por quien del rey don García
el trono debe ocupar.
Y si en el preciso plazo
Dios nuestros planes abona,
al rey Sancho la corona
dará que gane su brazo.

THUDEM. Pretendes que con prolijo
trabajo acabe la empresa
quien como galardon...

GARCÉS. Cesa.
Voy á llamar á mi hijo.
(Abre la puerta del foro y toca un cuerno de caza.)
Llegó el solemne momento
de obrar.
VIGIL. Ha llegado, sí.
GARCÉS. Sancho Garcés hará aqui
franco y formal juramento.

ESCENA V.

VIGILANO.—GARCÉS DE GUEVARA.—THUDEMIRO.—SANCHO GARCES, en trage de caza y con un grueso venablo en la mano.

SANCHO. Padre, vuestra mano. Y vos
(Besa las manos de los tres).
tambien, noble Vigilano.
Y vos, venerable anciano,
digno ministro de Dios.
THUDEM. (Bendiciéndole).
El derrame todo bien
sobre tí, desde su altura,
y á la débil criatura
alce y engrandezca...
SANCHO. Amen.
GARCÉS. Sancho, á tu noble ardimiento
ancho campo se prepara.
SANCHO. Soy hijo vuestro y Guevara.
Mandadme.
GARCÉS. Escucha un momento.
Cuanto prometas aquí,
sobre el corazon la mano,
¿cumplirás como cristiano
é infanzon navarro?
SANCHO. Sí.
Y nunca con mas conciencia
cumplirá Sancho Garcés;
porque respeta en los tres
sangre, religion y ciencia.
(A Garcés).
A vos debo, padre mio,
de antigua estirpe el honor,
la vida, el poco valor
que han llamado heróico brio.
Me enseñásteis la pujanza
á domeñar de un corcél,

á sostener un broquel
y á blandir bien una lanza.
Vuestro incansable cuidado
me hizo aprender con esmero
cuanto cumple á un caballero
y necesita un soldado.
Esto hará que bien me cuadre
conservar en la memoria,
que si gano alguna gloria
la debo toda á mi padre.
(A Thudemiro).
Vos me enseñásteis piadoso
con la mas cristiana uncion,
que el mas fuerte corazon
debe ser mas religioso.
Y no habeis grabado en vano
en mi corazon de acero,
que cumple al buen caballero
ser generoso y cristiano.
(A Vigilano).
Vos me alzásteis de la ciencia
á las remotas regiones,
y encontré en vuestras regiones
un tesoro de prudencia.
Por ello no olvidaré,
lo juro á fé de hidalgo,
que es vuestro cuanto yo valgo,
que os debo cuanto yo sé.
Juzgad si al mandato vuestro,
podrá faltar quien venera
al padre que el ser le diera
al sacerdote, al maestro.

GARCES. Bien, Sancho. Has correspondido
á nuestros afanes hoy
como esperábamos.

SANCHO. Soy,
ante todo, agradecido.

GARCES. Tú sabes que don García,
rey digno de mejor suerte,
en Lecumberri la muerte
encontró en aciago dia.

SANCHO. Lo sé.

GARCES. Sabes que dejó,
con circunstancias estrañas,
un hijo y que en las montañas
un hidalgo lo crió.

SANCHO. Lo sé.

GARCES. El conde Gomezano

oprime á la monarquía,
desde que su alevosía
dió la muerte al soberano.

SANCHO. Lo sé.

GARCES. Sabes que ambiciono,
siendo la lealtad mi ley,
al hijo de nuestro Rey
asentar sobre su trono.

SANCHO. Sé que esperais la ocasion
de combatir.

GARCES. Ha llegado.

SANCHO. Yo seré el primer soldado.

GARCES. Serás nuestro campeon.

SANCHO. No os comprendo...

GARCES. Tú serás
el caudillo armipotente,
que conduzca nuestra gente
á la victoria.

SANCHO. ¡Jamás!

GARCES. ¡Sancho!

SANCHO. A mi padre me humillo,
mas resisto con dolor,
que en donde esteis vos, señor,
vos sereis siempre el caudillo.

GARCES. ¿Y si yo lo exijo?

SANCHO. Puedo
á mi pesar enojarte...
¿Mas cómo habré de mandarte?

GARCES. Para obedecerme.

SANCHO. Cedo.
Mas perdona mi porfía
y si con ella te aflijo,
¿por qué no nos manda el hijo
del muerto Rey don Garcia?
Tú, señor, me has enseñado
que, para su tierra y ley
defender bien, debe un Rey
antes que Rey ser soldado.
Y no le estará bien, no,
al que ha de ser de Pamplona
Rey, llevar una corona
que haya conquistado yo.

GARCES. Sancho, cesa en tu porfía,
que un Guevara te asegura
del honor y la bravura
del hijo de don García.
Muchos le verán bizarro
hacer de valor alarde...

No diera yo un rey cobarde
al noble pueblo navarro.

SANCHO. En mi filial humildad,
hijo sumiso, respeto
vuestro importante secreto,
cumplo vuestra voluntad.
Mis instrucciones de vos
esperaré resignado.

GARCES. El juramento, prelado,
tomadle en nombre de Dios.

THUDEM. ¿Prometes, con bizarria,
con firme y heróico pecho,
mantener siempre el derecho
del hijo de don García?

SANCHO. Lo prometo.

THUDEM. ¿Con gran fé,
lanza en ristre, espada en mano,
contra el conde Gomezano
combatirás?

SANCHO. Lidiaré.

THUDEM. ¿Darás proteccion y auxilio,
aun á riesgo de tu vida,
á la nobleza reunida,
segun el fuero, en concilio?

SANCHO. Sí haré.

THUDEM. En tu razon seguro
y en Dios, obligado estás
á cuanto has dicho. ¿Lo harás,
Sancho Garcés?

SANCHO. Yo lo juro.

THUDEM. Dios, que nos oye, testigo
de tu juramento es.
Si cumples, tendrás, Garcés,
premio; si faltas, castigo.

SANCHO. Amen.

GARCES. Mucho de tu brazo
esperan: mucho tu nombre
promete.

SANCHO. Haré cuanto un hombre
pueda hacer.

GARCES. Dáme un abrazo.
Ese túnico destierra
para vestir la coraza.
Hoy entrégate á la caza,
desde mañana á la guerra.

(Sancho besa las manos de los tres y sale por el foro).

ESCENA VI.

VIGILANO.—GARCÉS DE GUEVARA.—THUDEMIRO.

GARCES. ¿Quedais satisfechos?
VIGIL. Sí;
y ese paladin brioso,
que, para gloria del reino,
es de virtudes tesoro,
nos mantendrá sus promesas
y cumplirá nuestros votos,
haciendo que la justicia
torne á esta tierra su rostro.
THUDEM. Dios, que á los buenos ampara,
que al débil presta socorro,
y á los humildes remonta
casi al nivel de su trono:
Dios, que la loca soberbia
abate del poderoso,
y las torres de su orgullo
convierta en ceniza y polvo,
dará á la humildad de Sancho
tanta proteccion y apoyo,
que los mas altos se humillen
ante su nombre glorioso.
Dios hará que á los guerreros
infunda su ánimo heróico,
siendo ligera la carga
para sus robustos hombros.
Cuando me besó la mano,
llanto vertieron mis ojos,
y si á mi corazon sigo
ante sus plantas me postro.
El triunfará del tirano
que nos oprime, lo abono;
que á quien Dios proteje triunfa,
y Dios está con nosotros.
GARCES. Fé teneis, fé tengo; Dios
que nos vé desde su sólio,
conoce nuestro derecho,
vé la maldad de los otros;
pero en Dios nuestra esperanza,
debemos buscar los modos
de unir al favor del cielo
esfuerzos grandes y propios.

Vos, Thudemiro, á Pamplona
marchad, y poned estorbos
de la infanta de Leon
al tratado desposorio;
porque si el hijo del Conde
logra llamarse su esposo,
bien podrá de la corona
conseguir el alto logro.
Tú, Vigilano, discurre
medios de arrancar al moro
de la mas negra traicion
el patente testimonio,
aunque nos cueste de sangre
cuanto nos pide de oro.
Yo, en las escabrosas sierras,
con los seculares troncos
improvisaré murallas;
y al son del clarin sonoro,
á los bravos montañeses
agruparé de mí en torno,
dándoles el entusiasmo
en que yo mismo rebozo.
Sus graves cantos de guerra
repitan los ecos roncos,
mezclados á los relinchos
del no bien domado potro:
y yo, á la faz de los cielos,
tambien á mi vez abono,
que nuestra será la palma
estando Dios con nosotros.

THUDEM. Guerra santa yo proclamo.
VIGIL. Guerra proclamamos todos.
GARCES. ¿Sentís un caballo?
VIGIL. Sí.
THUDEM. Nos buscan.
GARCÉS. Vámonos pronto.
(Se van por la puerta secreta).

ESCENA VII.

DOÑA THEUDA.—SANCHO, que dice los primeros versos antes de salir á la escena. Doña Theuda trae el rostro cubierto con el velo.

SANCHO. Descabalgad, señora: sobre el hombro
de un montañés leal poned la mano.
(Entran).

No solloceis así; cese el asombro,
que os guarda ¡vive Dios! un buen cristiano.

THEUDA. Agradezco el favor.

SANCHO. Favor pequeño.
Os ví en poder de moros; vos cristiana
sois, señora; á cumplir mas árduo empeño
mi obligara mi fé, pues sois mi hermana.

THEUDA. Mas árduo empeño no; vuestra potente
diestra, como el alud que rueda y choca,
hizo rodar sobre la mora gente
de áspera breña desgajada roca.
Aprovechando su pavor, sañudo
probais en ellos la sin par pujanza,
y el firme pecho presentais desnudo,
vuestro venablo convertido en lanza.
Muerden los bravos por do quier la tierra;
huye el encuentro quien temió cobarde;
y al torrente que baja de la sierra
no hay quien resista, quien sin miedo aguarde.
Dueño del campo, merecida fama
ganais, laurel de inmarcesible gloria;
aunque tanto valor solo una dama
tenga por galardon de la victoria.

SANCHO. Honrais, señora, como á heróico brio,
el cumplimiento de un deber sagrado,
que supiera ganar el lauro mio
en la misma ocasion cualquier soldado.
Ahora mandad que vuestros pasos guie
quien defender sabrá vuestra persona:
y, mas tranquila, en mi lealtad confie
quien temió con razon.

THEUDA. Voy á Pamplona.

SANCHO. Marchemos.

THEUDA. Esperad. El audaz hombre
que deberes tan altos ha cumplido,
debe llevar, por su familia, un nombre
digno de su valor, esclarecido.
Sepa, quien debe á su bravura tanto,
nombre que abono por hidalgo luego.

SANCHO. Poco importa mi nombre.

THEUDA. Importa cuanto
pueda valer mi agradecido ruego.
No pretendo pagar deuda tan grande
que no puede jamás ser bien pagada...
Y, pues puedo mandar, hareis que os mande...
¿Qué teneis que oponer?...

SANCHO. Señora, nada.
Sancho Garcés me llamo; dió á mi cuna

de Guevara el blason honrosa sombra;
y al pequeño escabel de mi fortuna
lauros de mis mayores dan alfombra.
Sangre vertieron los que honor dejaron
y yo á su amparo protector acudo.
Mis glorias son los timbres que grabaron
en los rojos cuarteles de su escudo.

THEUDA. Sancho Garcés, la sangre no desmiente
de abuelos tan ilustres vuestro brio.

SANCHO. Quien á vuestro mandato fué obediente...

THEUDA. Pretenderá saber el nombre mio.
Sancho Garcés, es justo. Real corona
es el noble blason de mis abuelos
que presta dignidad á mi persona.
Theuda soy, de Leon infanta...
(Se alza el velo).

SANCHO. ¡Cielos!

THEUDA. ¿Os sorprende mi rango?

SANCHO. No me espanta
del rey Alfonso el Magno la grandeza,
ni rindo culto á tan ilustre Infanta.

THEUDA. ¿Pues qué os suspende así?

SANCHO. Tanta belleza.
(Pausa).
Señora, perdonad. Aguila altiva
de estas montañas, sin sufrir enojos
en el disco del sol, en su luz viva,
una vèz, otra y mil clavé los ojos.
Pero la luz de vuestros ojos bellos
rayos tan vivos, tan ardientes lanza,
que á impávida sufrir tantos destellos
del águila la vista ya no alcanza.
¡Oh! si al lanzarme al desigual combate.
hubiera adivinado los tesoros
que ocultaba ese velo...

THEUDA. ¿Qué?

SANCHO. A mi embate
cómo cedieran en tropel los moros.

THEUDA. Basta, Sancho Garcés.

SANCHO. Debiera mudo
quedar, señora, en mi solemne pasmo:
mas perdonad, pues la razon no pudo
en prisiones guardar el entusiasmo.
No sé mentir; turbados mis sentidos,
repite el lábio cuanto el alma siente:
como el eco repite los bramidos
que lanza entre las peñas el torrente.
Señora, perdonad si este insensato

el esplendor no vé de la corona.
Pronto estoy á cumplir vuestro mandato.
Es preciso marchar hácia Pamplona.
(Se dirigen hácia la puerta).

ESCENA VIII.

DOÑA THEUDA.—SANCHO GARCÉS.—EL CONDE GOMEZANO con la espada desnuda y en la mayor agitacion.

GOMEZA. Socorredme!
THEUDA. ¡Señor!
GOMEZA. ¡Libre la infanta,
las cadenas rompió del moro fiero!
¿Quién consiguió acabar empresa tanta?
THEUDA. El corazon audaz de ese guerrero.
GOMEZA. Riquezas te daré...
SANCHO. No eres hidalgo
cuando estimas en tanto tu tesoro.
Para pagar á quien se tiene en algo
es vil escoria el rutilante oro.
GOMEZA. ¿Quién eres, pues?...
SANCHO. Quien en nobleza y brio
á nadie el lauro de victoria cedo.
GOMEZA. Perdona.
SANCHO. Sí. Atentaste al honor mio,
porque embargaba tu razon el miedo.
Socorro demandabas: ¿te seguia...
GOMEZA. En confuso tropel, morisma airada.
SANCHO. Fuerza es salir de aquí.
GOMEZA. Mancebo, guia.
SANCHO. A la infanta sosten. Dame esa espada.
(Se apodera de la espada del Conde; sale á la puerta y retrocede).
Deteneos: hácia aquí la gente mora
se dirige.
THEUDA. ¡Gran Dios!...
GOMEZA. Cierra el camino.
SANCHO. Mi venablo coged. Valor, señora.
Aquí se cumplirá nuestro destino.
(Al Conde).
Aquí lidiando en desigual pelea
conquistemos los dos eterna gloria...
Os salvásteis.
GOMEZA. ¿Qué tienes?
SANCHO. Una idea
que Dios trajo sin duda á mi memoria.
Infanta de la sangre de Navarra,

no se ha cumplido de tu vida el plazo.
Cierra esta puerta...
(Se dirige al foro y cierra la puerta).

GOMEZA. Sí.

SANCHO. No tiene barra.
¿Qué importa? buena barra es este brazo.
(Mete el brazo en las almellas).

THEUDA. ¿Qué pretendeis hacer?

SANCHO. Salvar la vida
de la infanta: salvar vuestro honor puro.
No hay tiempo que perder. Una salida
(Al Conde).
encontrareis en ese tosco muro.
(Los moros empujan la puerta).
Buscad, buscad. No vacileis. La puerta
empuja el moro con esfuerzo vano.
La salida buscad. ¡Ah! Ya está abierta.

ESCENA ULTIMA.

SANCHO en su posicion.—DOÑA THEUDA.—EL CONDE GOMEZANO.—VIGILANO, que aparece en la puerta secreta. El Conde y la Infanta retroceden á su vista.

SANCHO. (A Vigilano).
Sálvalos.

VIGIL. (Señalando con la mano al Conde).
Es el Conde Gomezano.

SANCHO. ¡El Conde! Sálvalos.

VIGIL. El enemigo
es que oprime á los reinos con su planta.

SANCHO. Sálvalos. Tiempo habrá para el castigo.

VIGIL. Es el Conde, Garcés.

SANCHO. Y esa es la infanta.

VIGIL. Un juramento...

SANCHO. Pagaré mi deuda.
(La puerta se estremece).
Que vacila la puerta, Vigilano.

VIGIL. Vamos.

SANCHO. (Al Conde).
Debeis la vida á doña Theuda,
pero esa vida os quitará mi mano.
(Vigilano, el Conde y doña Theuda se van por la puerta secreta, que se cierra tras ellos. Sancho continúa sosteniendo la puerta del foro que se medio desploma).

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

El interior de una gran tienda de campaña, con entradas por ambos lados. En el primer término de la derecha un estrado con dosel, en el fondo un balcon corrido que ocultan tapices flotantes.

ESCENA PRIMERA.

THUDEMIRO.—GOMEZANO.

GOMEZA. En vano pedís, obispo,
que mis proyectos dilate;
y hoy mas que nunca deseo
ver realizados mis planes.
Si el fuego de la discordia
en nuestras montañas arde,
quitemos toda esperanza
á los mas fuertes y audaces,
y por sí mismo el incendio
será fuerza que se apague,

THUDEM. Conde Gomezano, os ciega
de un lado el amor de padre
y del otro una ambicion
siempre creciente, insaciable.
Los alzados montañeses
eran pocos un mes hace,
pero ya infunden respeto
sus numerosas falanges.
Por todo el reino pasean
sus gloriosos estandartes,
y sin temor á lidiar

con dos temibles rivales
con hierro y fuego destruyen
las campiñas de los árabes,
y á vuestras huestes briosos
con noble orgullo combaten.
Sostienen que don García
dejó de su ilustre sangre
un heredero, y lo apoyan
en pruebas irrecusables.
Han jurado revestirlo
de los ornamentos reales,
y esos montañeses son
de cumplirlo muy capaces.

GOMEZA. Lástima ó risa me causan
sus belicosos alardes,
y sus historias son cuentos
que no convencen á nadie.
Si existe ese ilustre vástago
que representa el linage
de don García ¿por qué
á su frente no le traen?
No puede estar en la cuna
recogido, tierno infante,
quien ya debe haber cumplido
veinte y dos años cabales;
y supuesto que en tal dia
á campo abierto no sale,
ó por impostor se oculta,
ó se esconde por cobarde.

THUDEM. No hace falta su presencia,
bien lo sabeis, en sus reales:
pues sus defensores siguen
á un caudillo infatigable.

GOMEZA. Siguen á un pobre mancebo,
que nunca vivió en ciudades,
de esa orgullosa familia
de Guevara, que no abate
con la pobreza su orgullo.

THUDEM. Sancho Garcés es bastante
para inflamarlos, pues tiene
brazo fuerte, ánimo grande.

GOMEZA. Mucho encomiais al mancebo.

THUDEM. ¿Fuera justo despreciarle?

GOMEZA. Quizás sí; pues á un rebelde
no están bien encomios tales.
Pero gastamos el tiempo
en estas interminables
disputas, y no merecen

que en ello el tiempo se gaste,
La eleccion y el desposorio
pronto deben celebrarse
é inmediatas precursoras
(Señalando hácia el foro):
son esas fiestas marciales.
En ellas pruebar sus brios
los nobles mas arrogantes
de Navarra y de Leon,
y hasta muchos musulmanes:
y por ganar una banda
que la infanta al pecho trae,
alfombra son de la arena
marlotas y capellares,
rodando cristianos yelmos
al par de moros turbantes,
Ordoño Gomez mi hijo,
mantenedor formidable,
si bien lidió esta mañana,
mejor lidiará esta tarde;
para que Navarra vea
que tiene muy nobles partes
el que pide una corona
á obispos, nobles y abades;
y que si por noble aspira
á joya de tanto esmalte,
brazo tiene muy capaz
de vencer dificultades.
(Pausa).
¿Callais, obispo?

THUDEM. Sí, Conde;
Dios solo lo mejor sabe;
y, pues no quereis oirme,
inútil será que hable.
Pedid á vuestra conciencia
un consejo saludable,
y en tal caso, es imposible
que vuestra conciencia calle.

GOMEZA. Mi conciencia me aconseja
que siga firme adelante;
que, lo que empecé atrevido,
lleve á término incansable.
Voy á buscar á la infanta;
si quereis acompañarme,
pronto estaremos de vuelta.

THUDEM. Me quedo, y que Dios os guarde.

GOMEZA. En tanto que vuelvo aquí,
Dios tambien os acompañe.

ESCENA II.

THUDEMIRO.

Bien Sancho Garcés pelea
Su robusto brazo blande
bien la lanza, pero en grande
proyecto su arrojo emplea.
No le bastará en la lid
ser el mas fuerte y primero;
bravo, indomable guerrero,
cauto y prudente adalid;
que en empresa tan estraña
habrá quien la razon tuerza,
y hasta destruya la fuerza
con el engaño y la maña.
El walí pide un tesoro
en cambio del pergamino,
y nuestro avaro destino
nos niega un poco de oro...
¿Para una empresa tan santa
has de dejarnos, Dios mio;
sin favor?... En ti confio...
en tí... y tambien en la infanta.
Supe hablar á su conciencia
como cumple á un verdadero
ministro de Dios, y espero
contar con su resistencia.
Su noble respuesta escucho...
ni un solo momento olvida
que debe á Sancho la vida,
y esto me promete mucho.
Quizás obrara discreto
revelándola... no, no.
¡Cómo decírselo yo,
sino es mio este secreto!...
A tan grande confianza
no me atrevo, aunque me inspira...
Dios desde el cielo nos mira:
buen ánimo y esperanza.

ESCENA III.

THUDEMIRO.—SANCHO GARCÉS en trage de guerra y con la faz cubierta.

SANCHO. Santo prelado...
THUDEM. ¿Quién es?
¿Quién aquí llega atrevido?
SANCHO. Un antiguo conocido,
(Descubriéndose).
que os ama.
THUDEM. ¡Sancho Garcés!
SANCHO. Sancho Garcés es, señor,
quien en alta estima os tiene,
y quien decidido viene
á que le hagais un favor.
THUDEM. Te estoy mirando y no puedo
creer que pises esta tierra
solo.
SANCHO. Quien vive en la guerra,
no tiene al peligro miedo.
THUDEM. En tal sitio, en tales dias,
á graves riesgos te espones.
SANCHO. Respeto vuestras razones,
pero yo tengo las mias.
Y son tales ¡vive Dios!
que si algunas de ellas digo,
santo prelado, conmigo
habeis de convenir vos.
THUDEM. ¿A qué has venido?
SANCHO. A lidiar
con tan heróica pujanza,
que los botes de mi lanza
nadie puede contrastar.
THUDEM. Mejor causa, en buena ley
defiendes en récio embate.
SANCHO. Tambien en este combate
serviré al hijo del rey.
THUDEM. No comprendo...
SANCHO. Pues es llano,
y lo entendereis de fijo.
Mantiene el palenque el hijo
del vil conde Gomezano.
Osado mantenedor
hace de bravura alarde,
y yo pretendo esta tarde

oponerle mi valor.
Seguro en Dios y en mi fé,
sé que, aunque se tenga firme,
no ha de poder resistirme,
y que lo derribaré.
Si en el encuentro fatal
de un solo bote lo mato,
á quien sirvo, á quien acato,
quito un temible rival.
Y si no logra mi anhelo
poner término á su vida,
no quedará honra cumplida
á quien ruede por el suelo.
Estos mis intentos son;
y el conquistar denodado
una banda que ha bordado...

THUDEM. ¿Quién?

SANCHO. La infanta de Leon.

THUDEM. A esa banda habrá derecho
el que triunfe en la demanda.

SANCHO. Quiero llevar esa banda
cruzada sobre mi pecho.
Pues no debe sentar mal,
ya que llaman caudillo,
sobre mis armas el brillo
de esa hermosa prenda real.

THUDEM. En ese trance guerrero,
¿qué puedo hacer por ti hoy?...

SANCHO. Asegurar que yo soy
honrado y buen caballero.
Pues, en tanto que velado
conserve el rostro, bien sé
que en la liza no entraré
si antes no me han abonado.
Yo los peligros arrostro,
pero, por desgracia mia,
bien sabeis que todavía
no puedo mostrar mi rostro.

THUDEM. Sancho, tu bélico ardor,
yo te lo ruego, conten.
Piensa...

SANCHO. Lo he pensado bien
antes de venir, señor.

THUDEM. Despues la razon condena.

SANCHO. Aunque mil muertes encuentre,
es preciso que yo entre
á combatir en la arena.

THUDEM. No desoigas la razon,

pues cuando la razon manda...

SANCHO. Yo necesito la banda
de la infanta de Leon.
Volver con ella ofreci
á mi valerosa hueste,
y, cueste lo que me cueste,
la he de llevar sobre mí.
Mas si temeis, padre mio,
no os comprometais en nada.
Para entrar á mano armada,
voluntad me sobra y brio.
(Haciendo ademan de retirarse).

THUDEM. No te alejes, por favor.
Bajo este cabello cano,
Sancho, conserva el anciano
un indomable valor.
Mucho te engañas; verás
que en este trance supremo
no es por mí por quien yo temo,
temo por tí nada mas.
Pero, si de la razon
desoyes la voz, advierte
que en la vida y en la muerte
soy tuyo.

SANCHO. Padre, perdon.

THUDEM. ¡Desistes! Comprenderás
que ese valeroso esceso...

SANCHO. Mi obstinacion yo confieso;
pero desistir ¡jamás!

THUDEM. He probado á convencerte,
pero tu valor admiro.
Vamos.

SANCHO. Noble Thudemiro,
propicia será mi suerte.

THUDEM. Gente se acerca.

SANCHO. Si á fé.

THUDEM. Guarda el rostro precavido.

SANCHO. (Cubriéndose el rostro).
La banda me he prometido,
y la banda llevaré.
(Se van por la izquierda).

ESCENA IV.

DOÑA THEUDA.—EL CONDE GOMEZANO, por la derecha.—LA INFANTA trae una rica banda sobre el pecho.

GOMEZA. Podeis pasar al balcon,
si así lo quereis señora;
pues ha llegado la hora
y prosigue la funcion.

THEUDA. Conde, del marcial alarde
que hacen en mi honor, ufana
estoy; pero esta mañana
me fatigó, y esta tarde
quisiera no presenciar
tanto bote repetido;
pues la pena del vencido
tambien me causa pesar.

GOMEZA. Si del vencido el dolor
partís con piedad notoria,
tambien la radiante gloria
partireis del vencedor.
Y, en mi orgullo paternal,
noble infanta, yo imagino
que se le dará el destino
de Ordoño al brio marcial.

THEUDA. Bien su indomable pujanza
esta mañana probó,
y ninguno resistió
á los botes de su lanza.
Si gloria anhelaba, ya
puede quedar satisfecho;
pues que otro ninguno ha hecho
lo que él hizo.

GOMEZA. Ni lo hará.
Pero salgamos, que allí
noble juventud guerrera
de vuestros soles espera
rayos que la inflamen...

THEUDA. Si.

GOMEZA. Y viéndoos cada doncel,
de asombro estático, mudo,
con bote herirá mas rudo
en el contrario broquel.
Cada cual en su pasion
esfuerzo hará mas supremo.

THEUDA. Pues por eso mismo temo
presentarme en el balcon.
Severa razon me manda
el procurar, precavida,
que no se pierda una vida
por conquistar una banda.
Salid vos, yo quedaré
retirada en esta tienda,
y al terminar la contienda,
de nuevo al balcon saldré.
Así me tendrán, quizás,
por tímida, por medrosa;
pero no soy belicosa,
soy mujer y nada mas.

GOMEZA. Vuestra voluntad respeto,
aunque el dejaros me cuesta
mucho. ¿Hácia el fin de la fiesta
saldreis?

THEUDA. Conde, lo prometo.

(El Conde sale por el foro).

ESCENA V.

DOÑA THEUDA.

Yo presido una funcion
marcial, que en honra se hace
de ese maldecido enlace
que rechaza el corazon.
Y mi violento pesar
en secreto he de tener?
el valor de la mujer
consiste siempre en callar.
Valor que no presta honor,
que no dá claro renombre...
jamás comprenderá el hombre
esta especie de valor.
Como si no hubiera palma
en luchar consigo mismo,
en hacer un hondo abismo
de las regiones del alma!
En ocultar los enojos,
en disimular agravios,
con la sonrisa en los labios
y lágrimas en los ojos!
pero no me maravilla

que ignoren este tormento...
el valor del sufrimiento
no tiene esplendor, no brilla.
(Pausa).
Allí combaten; aquí
estoy sola, retirada...
¿no tienes, memoria, nada
que tratar conmigo? Dí.
Hablar puedes sin temor...
solas estamos... si un sueño
dulce, radiante, halagüeño,
tienes, destello de amor,
déjalo mostrar sus galas
á la luz del claro dia,
que aquí, fiel memoria mia,
nadie le corta las alas.
Déjalo raudo cruzar
la region del pensamiento,
y que, volando, el tormento
aminore de callar.
(Se queda pansativa).

ESCENA VI.

DOÑA THEUDA.—THUDEMIRO por la izquierda.

THUDEM. ¿Por qué triste y retirada
aquí os encuentro, señora?
THEUDA. Porque con mi pensamiento
me gusta vivir á solas.
THUDEM. Pronto estoy á retirarme,
si mi presencia os enoja.
THEUDA. No os alejeis, padre mio;
porque vos mereceis toda
mi confianza: y consejo,
como siempre, os pido ahora.
THUDEM. Vuestras órdenes aguardo,
pues, aunque mi ciencia es poca,
Dios querrá que os aconseje
lo que mas cumpla á su honra.
THEUDA. Bien sabeis que esos torneos
anuncios son de mis bodas,
y que pretenden hacerme
á un tiempo reina y esposa.
Nada sé de don Ordoño
que pueda empañar su gloria,

pero el corazon le niega
cuanto mis lábios le otorgan.
Por vos sé que vive un hijo
de mi abuelo, que en Dios goza,
y que, al brindarme su trono,
de su herencia lo despojan.
Yo no quiero que pronuncie
en los altares mi boca
un sí, que el alma en su fondo
con ira ó despecho oiga;
y hurtada, señor, no quiero,
lo juro, ni una corona.
La proximidad del dia
de real y de nupcial pompa
mil pensamientos confusos
va agrupando en mi memoria.
Estos varios pensamientos
me siguen como una sombra,
y cuanto mas los rechazo,
con mas violencia me acosan.

THUDEM. Hablad.

THEUDA. De nuestras montañas
entre las erguidas rocas
un estandarte de guerra
bravos guerreros tremolan.
Sancho Garcés, su caudillo,
es de condicion heróica,
y la causa que defiende
su nombre sin mancha abona.
Vos, señor, me habeis contado
una peregrina historia,
que, segun vos, documentos
auténticos corroboran.
El uno de ellos posee
el walí de Zaragoza,
y pide por su rescate
de oro puro cien mil doblas.
Ese documento puede
hacer que al punto se rompan
mis desposorios, quitándome
un cetro que ya me agovia.
Puede hacer que una traicion
oculta, quede notoria,
y al hijo de don García
monarca hacer de Pamplona.
Pues bien, quiero que ese escrito,
sin perder dias, ni aun horas,
del codicioso wali

pase á quien tanto le importa.

THUDEM. Yo tambien verlo quisiera
donde vos! mas Dios no ignora
que satisfacer no puedo
la codicia que lo estorba.

THEUDA. Yo la cantidad daré
que el mahometano ambiciona...

THUDEM. ¡Vos!

THEUDA. Sí: pondré en vuestras manos
mañana mismo mis joyas.

THUDEM. ¡Qué decís!

THEUDA. Que necesito
una segura persona
á quien poder entregar
los adornos que me estorban...
(Movimiento de Thudemiro).
Vais á decir que mi cetro
rompo con mis manos propias,
mas nunca se paga cara
la libertad que se compra.
(Thudemiro se arrodilla).
¿Qué haceis?

THUDEM. Doblar la rodilla
ante vos, porque os adornan
todas las grandes virtudes
de vuestra estirpe gloriosa.

THEUDA. Alzad, venerable anciano.
(Se levanta el obispo).
Quien solo ante Dios se postra,
contémpleme interesada
mucho más que generosa.
Yo quiero romper el yugo
tremendo que me aprisiona;
quiero arrancar de mi pecho
la dura pesada losa
que le oprime; las cadenas
de mi enlace tirar rotas
y...

THUDEM. Una palabra... Perdon
os pido; pero aqui brotan
sospechas... ¿De un amor santo
la llama?...

THEUDA. Que no nos oigan.

THUDEM. Nada temais; no dudeis
si Dios con su mano toca
vuestro noble corazon:
¿por qué callar ruborosa
un amor que puede ser

signo de paz y victoria?
Un sacerdote, un anciano
os conjura y os implora.
Abridle vuestra alma...

THEUDA. ¡El Conde!
Padre, mañana mis joyas.

ESCENA VII.

DOÑA THEUDA.—THUDEMIRO.—EL CONDE GOMEZANO.

GOMEZA. Venid, infanta, venid,
antes que su fin alcance
el mas formidable trance
de la simulada lid.
Por el galardon porfía
un paladin encubierto,
haciendo alarde por cierto
de valor y bizarría.
Monta rodado corcel,
que por nariz y ojos lanza
fuego; al bote de su lanza
rompe el mas fuerte broquel.
Los mancebos atrevidos
que á resistirle salieron,
todos la arena midieron
humillados y vencidos.
Y con creciente altivez,
la lanza en ristre, se muestra
como el rey de la palestra
que ha conquistado honra y prez.

THEUDA. Si ese noble paladin
ha conquistado el trofeo...

GOMEZA. Aun no ha llegado el torneo,
hermosa infanta, á su fin.
Ordoño mantenedor
es, y cumple á su decoro
disputar ese tesoro
(Señalando la banda de la infanta).
al nuevo competidor.
Para vencer al guerrero,
os espera y os implora.

THUDEM. Salid al balcon, señora,
que es bravo el aventurero.

GOMEZA. ¿Sabeis quién es?

THUDEM. ¿Por ventura

puede añadir algo el nombre
á quien vos decís que es hombre
de estraordinaria bravura?

GOMEZA. Noble infanta, no perdamos
un momento.

THEUDA. (Aparte á Thudemiro).
(Padre, vos
rogad entre tanto á Dios
por el encubierto!) Vamos.
(Gomezano se adelanta).

THUDEM. (A la infanta).
De vencer está seguro.

THEUDA. (A Thudemiro).
¿Nada rinde á su poder?

THUDEM. Se ha prometido vencer,
y vencerá, yo lo juro.
(Doña Theuda y el Conde salen al balcon).

ESCENA VIII.

THUDEMIRO.

Vencerá; pero su gloria
puede arrastrarlo á la muerte...
¡Os pido, Dios justo y fuerte,
que le negueis la victoria!

ESCENA IX.

THUDEMIRO.—GARCÉS DE GUEVARA, armado y cubierto.

GARCÉS. Thudemiro.

THUDEM. ¿Quién así
entra, ocultando la cara?

GARCES. (Descubriéndose).
Yo soy...

THUDEM. ¡Garcés de Guevara!
¿A qué habeis venido aquí?

GARCÉS. A buscaros. Sancho está
en el palenque encubierto,
y temo por él.

THUDEM. Es cierto.

GARCÉS. Vencer quiere.

THUDEM. Y vencerá.

GARCÉS. Ya sabeis por qué he venido.
Ahora aconsejadme, pues
temo que Sancho Garcés
llegue á ser reconocido.
Dispuesto vengo á ayudarlo
en esta empresa atrevida;
sé que perderé la vida,
pero es preciso salvarlo.
¿Callais?

THUDEM. Lo mismo que vos
temo; y en tan duro trance
no hay quien á salvarlo alcance
sin el auxilio de Dios.
Pues tan decidido anda
que, en venciendo á su contrario
es bastante temerario
para reclamar la banda.

GARCÉS. Un medio tengo, atrevido.
Voy á intentarlo.
(Queriendo marcharse).

THUDEM. (Deteniéndole).
Decid.

GARCÉS. Entraré con él en lid.

THUDEM. Garcés, quedareis vencido.

GARCES. Aun no le falta vigor
al corazon que aquí late.

THUDEM. Es cierto, pero combate
Sancho, por gloria y amor.

GARCÉS. ¿Por su amor?

THUDEM. Sí; de la infanta
está enamorado, ciego;
y de su pasion el fuego
lo ha llevado á empresa tanta.
Por eso lidiar lo ves
sin escuchar la razon...
y la infanta de Leon
ama tambien á Garcés.

GARCÉS. ¿La infanta?

THUDEM. Sí. Su destino
marca el de Sancho la huella,
y lograremos por ella
conquistar el pergamino
del codicioso walí;
pues quiere entregarme ufana
todas sus joyas mañana.

GARCÉS. ¿Las has aceptado?

THUDEM. Sí.
Y, ya que en Pamplona estás,

ese precioso tesoro
tú mismo en poder del moro;
Garcés, mañana pondrás.

GARCES. ¿Qué importa que ese papel
adquirir mañana pueda,
si hoy Sancho en prisiones queda
y nuestra suerte con él?

THUDEM. Mucho, Garcés de Guevara.

GARCES. Si en esta empresa atrevida
quitan á Sancho la vida,
yo haré que les cueste cara.
Probarán de mi furor
la matadora violencia.

THUDEM. En trance tal, la prudencia
logrará mas que el valor,
Garcés oculto ha de estar,
ahogando sus iras locas;
pues dos espadas son pocas
para con tantas lidiar.
Libre, en palenque mas ancho,
remediar el loco esceso
podrá de Sancho, mas preso
¿cómo ha de velar por Sancho?

GARCES. Teneis razon: obraré
con la precisa cordura...
Pero ese torneo dura
mucho...

THUDEM. Oigo ruido...

GARCES. Si á fé.

(Levanta Thudemiro una parte de las cortinas del foro: mira y habla alternativamente).

THUDEM. Sancho triunfa, Ordoño está
sobre la arena tendido...
Ya se confiesa vencido...
Sale del palenque ya.

ESCENA X.

THUDEMIRO descorre la cortina y aparecen en el balcon DOÑA THEUDA y el CONDE GOMEZANO sentados; á la derecha de la Infanta varias DAMAS de pié y á la izquierda del Conde varios CABALLEROS lo mismo. En último término y sobre un estrado, los TRES JUECES DEL CAMPO con sus HERALDOS.—A izquierda y derecha del estrado, gradas cubiertas de espectadores.—Entre el estrado y el balcon, SANCHO GARCES á caballo, con el rostro cubierto y un lanzon con roquete en la mano.—La balaustrada del balcon, al cual se subirá desde la escena por una ó dos gradas, debe estar lo bastante alta, para que solo se vea de Sancho Garcés su medio cuerpo y la cabeza del caballo.—GARCES DE GUEVARA, próximo al balcon y cubierto con una cortina.

GARCÉS. ¡Por qué estraño que á la gloria
tan costosa ofrenda haga
Sancho si á mí me embriaga
el brillo de su victoria!

SANCHO. ¿Disputarme ¡vive Dios!
la palma, no osa ninguno?
Si no quieren uno á uno
que vengan de dos en dos.

UN JUEZ. Nadie acude á la demanda.
Nadie os disputa el trofeo.
Os declaro en el torneo
vencedor; vuestra es la banda.

(Sancho saluda y vuelve las riendas á su caballo; se levantan los jueces, y los espectadores victorean.—Suenan clarines y timbales).

ESCENA XI.

THUDEMIRO.—GARCES DE GUEVARA, que continúa en su puesto tras la cortina.—DOÑA THEUDA y el CONDE GOMEZANO, seguidos de varias DAMAS y CABALLEROS.—Varios ARCHEROS.

THUDEM. ¿Vais á permanecer?

GARCES. Sí.

THUDEM. ¿Callareis?

GARCÉS. A ello me obligo.
Seré impasible testigo
de cuanto suceda aquí.

(Thudemiro deja á Garcés y se acerca al Conde y á la Infanta).

GOMEZA. Subid, señora, al estrado,

pues muy en breve á esta tienda
vendrá el paladin, la prenda
á pedir que á conquistado.

THEUDA. No ha combatido otra alguna
lanza de tal poderío.

GOMEZA. No sé si ha sido su brio
tanto como su fortuna.
Mas, pues queda vencedor
por su fortuna, en buen hora
reciba de vos, señora,
el codiciado favor.

(La Infanta sube al estrado, se quita la banda que trae al pecho y se la tercia sobre el brazo).

GARCÉS. Comprendo que en la contienda
Sancho aspire á lauro y fama,
que es muy hermosa la dama
para no anhelar la prenda.

ESCENA ÚLTIMA.

DOÑA THEUDA sobre el estrado.—EL CONDE á su derecha.—THUDEMIRO á su izquierda.—A uno y otro lado varias DAMAS Y CABALLEROS.—GARCES DE GUEVARA tras la cortina.—En el fondo ARCHEROS.—SANCHO GARCES precedido de varios HERALDOS, rodeado de los JUECES y seguido de varios CABALLEROS Y ARCHEROS. Los Jueces se colocan frente por frente de la Infanta. Sancho se queda en medio.

THEUDA. Esforzado aventurero
á quien muy alto los jueces
han proclamado tres veces
por el mejor caballero:
os ofrezco el galardon,
os brindo el marcial trofeo,
yo, la reina del torneo;
yo, la infanta de Leon.

SANCHO. Yo recibo con fé pura,
aunque dá mas que merece
mi valor, cuanto me ofrece
la reina de la hermosura.
A esplicar mi fé no acierto,
pero á vuestros pies me postro.

(Dobla una rodilla ante la Infanta).

THEUDA. Tomad.

(Va á echarle la banda; y el Conde la tiene y dice á Sancho).

GOMEZA. Descubrid el rostro.

SANCHO. He combatido cubierto.
GOMEZA. Quien encubierto ha lidiado,
debe la faz descubrir
para el premio recibir.
SANCHO. ¿No basta haberlo ganado?
GOMEZA. No basta: y quedando asi,
haceis á la Infanta ultraje.
Podeis ser de vil linaje.
SANCHO. (Levantándose).
Mi lanza lo abonó allí.
Mas si necesario es
mostrar á todos mi cara,
(Descubriéndose).
Sancho Garcés de Guevara
soy...
GOMEZA. ¡Bandido montañes!..
SANCHO. (Retirándose un paso y poniendo mano á la espada).
¿Bandido yo?..
GOMEZA. Sí; insolente;
que aquí llegas atrevido.
SANCHO. Quien me ha llamado bandido,
es un miserable, y miente.
GOMEZA. No te salva tu despecho.
Guardias, matadlo en la tienda.
(Garcés saca la espada y se pone entre los Guardias. Los Archeros se dirigen hácia Sancho, pero se detienen á un ademan de la Infanta).
THEUDA. Despues que cruce la prenda
que ha conquistado, su pecho.
Doblad la rodilla.
(Sancho dobla la rodilla y la Infanta lo pone la banda).
SANCHO. Ahora
que es tan hermosa mi suerte,
poco me importa la muerte.
Gracias, mil gracias, señora.
(Se levanta).
GOMEZA. Quedarás en la demanda,
sin que un aliento te reste.
SANCHO. Cuanto mas cara me cueste,
mas precio tendrá la banda.
(Desnudando la espada).
Paso...
GOMEZA. Arrancadle el acero.
Sujetadlo.
(Los Archeros se precipitan sobre Sancho, que los hace retroceder un momento, Garcés pugna por acercarse á Sancho).
SANCHO. ¡Vive Dios!...
THEUDA. Rendidme la espada.
(A Sancho bajando con resolucion del estrado).

SANCHO. ¡A vos!...

THEUDA. Sí.

(Sancho dobla la rodilla y entrega su espada á la Infanta. Todos quedan suspensos).

Quedais mi prisionero.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una cámara en el alcázar de Pamplona. Una puerta en el foro y dos colaterales, con tapetes á los dos lados, y un sillon junto á cada mesa. Sobre una de ellas tintero y pergaminos.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE GOMEZANO.—THUDEMIRO en primer término.—LUPO en la puerta del foro.

GOMEZA. Perdemos inútilmente,
obispo, tiempo y razones,
pues hoy, por última vez,
quiero hablar con nuestro hombre.
Lupo.

LUPO. (Acercándose).
Señor.

GOMEZA. A esta cámara
trae á Sancho, desde su torre,
y en ella con gran cuidado
guárdalo hasta que yo torne.

LUPO. Está bien. No ha de escaparse
por falta de precauciones.

GOMEZA. Vé por él. Del prisionero
con tu cabeza respondes.
(Se va Lupo por el foro).

ESCENA II.

EL CONDE GOMEZANO.—THUDEMIRO.

THUDEM. Por última vez os pido
que mireis en ese jóven
de tan ilustre familia
los bien ganados blasones.
GOMEZA. Tambien por última vez
os repito, y no os enoje
mi réplica, que en su mano
está romper sus prisiones.
Él dispondra de su suerte
como mejor se le antoje,
siempre que á mi voluntad
en un punto se conforme.
THUDEM. Nada hará, si le pedís
accion indigna de un noble.
GOMEZA. No será mia la culpa
si bien tiene y mal escoje.
THUDEM. Vos comprendereis que Sancho...
GOMEZA. Dejad que hablemos, y entonces
podreis con mas fundamento
hacer vuestras reflexiones.
Garcés no tardará, yo
quiero hablarle, y veloz corre
el tiempo. En tanto que llega,
voy á ver esas legiones
que, al pié del muro, la vida
de Sancho piden á voces...
Esos bravos montañeses
quiero contar, que recorren
impávidos las llanuras
despues de atronar los montes.
Y ¡vive Dios! que si gritan
mucho; harán que les arroje
la cabeza del caudillo.
THUDEM. Eso no puede ser, conde.
GOMEZA. ¿Me faltará por ventura,
un verdugo que la corte?
(Se vá por el foro).

ESCENA III.

THUDEMIRO.

Cada vez nos encontramos
mas acosados, y al borde
de un horrendo precipicio.
¡Dios mio! Tú que conoces
los mas ocultos arcanos
que guardan los corazones;
tú, que sabes nuestro intento,
haz que al fin no se malogre,
y á los que por buena causa
lidian, Señor, no abandones!

ESCENA IV.

THUDEMIRO.—DOÑA THEUDA, por la derecha.

THEUDA. ¿Ha vuelto Garcés?
THUDEM. Señora,
en vano toda la noche
he pasado en las almenas
de los altos torreones,
pues ni una señal amiga
he visto en el campo...
THEUDA. ¿En dónde
estará? Tan larga ausencia
me causa graves temores.
Quizás el moro sus tratos
abrió con intentos torpes,
y el pergamino rehusa,
forjando nuevas traiciones.
El os pidió cien mil doblas:
mis joyas montan el doble,
y solo puede negarse
con pérfidas intenciones.
¡Oh! mil veces en mal hora
paré en la tienda los golpes
que el fuerte brazo de Sancho
iba á descargar; su nombre
causaba terror á tantos
envilecidos traidores...

Obré muy mal, Thudemiro,
aunque mi intencion me abone.

THUDEM. Enjugad, hermosa infanta,
esas lágrimas que corren
de vuestros ojos, y queman
vuestras megillas.

THEUDA. Que llore
es justo la que no puede
blandir pesado mandoble.
Sancho me salvó la vida;
Sancho venció á los mejores
caballeros, pues ninguno
pudo resistir los botes
de su lanza. No es posible
que Theuda á Sancho abandone.

THUDEM. Señora, un Dios en el cielo
hay que á los buenos socorre,
y, desde su escelso trono,
Dios vuestras súplicas oye.
Quizás Garcés de Guevara
está ya de vuelta...

THEUDA. Entonces...
¿por qué no vais á su encuentro?

THUDEM. Iré; y Dios quiera que logre
poder calmar á mi vuelta
vuestros acerbos dolores.
(Se vá por el foro).

ESCENA V.

THEUDA.

Id, prelado. Dios oirá
desde su trono mi ruego;
mi angustia comprenderá,
y bondadoso dará
á mi corazon sosiego.
(Se sienta, y una breve pausa).
Tendrá sosiego... Imposible...
¿Cómo ha de disfrutar calma
con este afan insufrible,
con esta idea terrible
que me martiriza el alma?
Prisionera, desvalida,
á Sancho hallé enmi camino,
y Sancho me dió la vida

para ser yo su homicida...
porque yo, yo le asesino.
Por mí, tan solo por mí,
se presentó en el torneo.
Un galardon ofrecí,
y yo la muerte le dí
al entregarle un trofeo.
Prenda de escaso valor
que puede costarle tanto...
Desgraciado vencedor,
es tu premio mi dolor
y tu defensa mi llanto.
¡Ay! Yo quisiera tener
en tan horrible momento
valor, arrojo, poder.
El valor de una mujer
consiste en el sufrimiento.
Yo quiero en tal confusion
que venga en auxilio mio
el fuego de una pasion...
(Se levanta).
Sí, sí... ya mi corazon
late con fuerza, con brio...
Ya siento que dan bravura
al corazon sus enojos...
Ya una esperanza fulgura...
Ya se secan ¡oh ventura!
las lágrimas en mis ojos.
A lidiar estoy dispuesta,
pues lidiar me corresponde
en batalla tan funesta...
La pasion fuerzas me presta
y no tengo miedo al Conde.
Que vengan á lidiar, pues
una mujer que no llora
temible adversario es.

ESCENA VI.

DOÑA THEUDA.—SANCHO GARCÉS.—LUPO, por el foro.

LUPO. (A Sancho Garcés).
Esperad...
THEUDA. (Viéndolo).
¡Sancho Garcés!
SANCHO. (Se adelanta rápidamente).

Hermosa infanta...
(Se detiene).
Señora...

THEUDA. (A Lupo).
¿Qué esperas?

LUPO. Señora, espero
al Conde, y estoy guardando
de vista á mi prisionero.

THEUDA. Déjanos.

LUPO. ¿Cómo?

THEUDA. Lo quiero.

LUPO. Pero, señora...

THEUDA. Lo mando.

LUPO. Yo, con mi cabeza, al Conde
respondo de este doncel.

THEUDA. Pues salir te corresponde,
porque á su vez te responde,
Lupo, doña Theuda de él.
(Lupo se inclina, se retira y pasea por el foro).

ESCENA VII.

DOÑA THEUDA.—SANCHO GARCÉS.

THEUDA. Hablaros, Sancho, deseo
para disculparme aquí,
pues bien á mi pesar veo
que al vencedor del torneo
con nécia piedad perdí.
Yo no olvido, agradecida,
vuestra generosa accion,
y perdon pido rendida
á quien me salvó la vida,
á quien reduje á prision.
Mi único intento salvaros
fué de la muerte.

SANCHO. Lo sé.
¿Y qué puede perdonaros
quien solo anhelaba hablaros,
y os está hablando y os vé?

THEUDA. Mucho, Sancho; pues ahora,
puesto al borde del abismo,
dais perdon á quien lo implora.

SANCHO. ¿Quereis que os hable, señora,
como hablo conmigo mismo?
¿Quereis que en esta ocasion

y perdonad si os agravio,
mi poderosa emocion
cuanto siente el corazon
haga salir á mi labio?
(Pausa).
¿Callais?... Su justo castigo
tiene mi temeridad...
¡Ay!... debe morir conmigo
cuanto á las paredes digo
de mi calabozo...

THEUDA. Hablad.
(Pausa).
¿Qué teneis, Sancho, ¿Por qué
estais estático, mudo?...
¿Por qué temblais?...

SANCHO. No lo sé.
Alcanzo mas que esperé,
y tiemblo, y vacilo, y dudo.
(Pausa).
Temo que os causen enojos
mis palabras, y no puedo
hablar.

THEUDA. Falaces antojos.

SANCHO. Apartad de mí los ojos...
Me mirais y tengo miedo.

THEUDA. El valor á vuestro nombre
unido lleva la fama.
¿Qué hallais en mí que os asombre?.

SANCHO. ¡Oh! ¿No ha de temblar un hombre,
señora, al decir que os ama?
Perdon, mil veces perdon
por tan estraña osadía...
Se rompe mi corazon,
pero mi loca pasion
vivir oculta debia.
Mas misteriosa y callada,
cuanto mas soberbia, loca,
inmensa y desesperada;
siempre en el alma guardada
y nunca dicha en la boca.

THEUDA. Sancho...

SANCHO. Y ha vivido así
desde aquel hermoso dia
en que vuestro rostro ví,
y, al mismo tiempo sentí
que mi corazon ardia.
Porque desde aquel momento
ha sido vuestra mi alma

y vuestro mi pensamiento;
con ráfagas de contento
pero sin horas de calma.
En mis amantes antojos
veia, del sol en la pura
luz, la luz de vuestros ojos,
y en la rosa, de esos rojos
lábios la tersa frescura.
En el nacarado oriente
vuestras mejillas veia;
en la nieve vuestra frente,
y por vos, en clara fuente,
el áura me sonreia.
Siempre constante en mi empeño,
siempre con mi logro ufano,
se dibujaba en mi ensueño,
vuestro breve pié pequeño,
vuestra delicada mano,
el negro cabello undoso
de incomparable finura;
el talle esbelto y airoso,
y el anillo primoroso
de esa delgada cintura.

THEUDA. ¡Sancho!...

SANCHO. No penseis, señora,
que marcaba débil tinta
vuestra imágen seductora;
os veia, como ahora,
clara, perfecta, distinta.

THEUDA. Basta, basta por piedad.

SANCHO. Quizás os enojo cuando
retrato vuestra beldad.
Si os ofendí, perdonad.

THEUDA. ¡Perdonar, y estoy llorando!

SANCHO. ¿Dá motivo á vuestro duelo
mi pasion ardiente, santa?

THEUDA. Este llanto de consuelo
es lluvia que vierte el cielo
sobre el corazon.

SANCHO. ¡Infanta!

THEUDA. Oh! yo tambien, yo tambien
vuelo en mis sueños dorados
y cruzo un risueño eden,
sin que zozobra me dén
mis mas constantes cuidados.
Veo al paladin que asoma
por una empinada sierra,
sobre el caballo que doma,

y baja de loma en loma
para lanzarse á la guerra.
Ante el enemigo audaz,
brota fuego su mirada
y miedo infunde su faz:
ni un punto concede paz
á su brazo ni á su espada.
Veo tambien ante mis ojos
su retrato fiel, distinto,
cuando entre tristes despojos
vá con los vestidos rojos
y el acero en sangre tinto.
Cuando el fogoso corcel
apenas marca su huella
tras el confuso tropel
que huye cobarde ante él.
y se empuja y atropella.
Cuando el paladin ufano
la triunfante banderola
alza con robusta mano,
y á su rostro sobrehumano
aspecto dá una aureola.

SANCHO. Señora...

THEUDA. Cuando á ganar
viene otro nuevo trofeo,
y, sin el rostro mostrar,
entra gallardo á lidiar
en un reñido torneo,
no hay caballo que no ceda
de su lanza el bote rudo!
allí un caballero rueda,
aquí hecho pedazos queda
de un solo golpe un escudo.
Cuanto mas vence, mas fiero
nuevos contrarios demanda.
No hay quien resista al guerrero,
y gana el aventurero,
por todo premio, una banda.

SANCHO. ¡Oh!

THEUDA. Su imágen seductora
no marcaba débil tinta.
La estaba viendo...

SANCHO. ¡Señora!

THEUDA. Como os estoy viendo ahora,
clara, perfecta, distinta.

SANCHO. ¡Dios mio!

THUDEM. Y la hablaba.

SANCHO. Sí.

THEUDA. Y la imágen respondia
con voz dulce y clara...
SANCHO. A mí,
en mi amante frenesí,
lo mismo me sucedia.
THEUDA. ¡Sancho!
SANCHO. Señora, ya en vano
para reprimir el fuego
de mi corazon me afano.
(Cae de rodillas).
THEUDA. ¿Quéreis?
(El Conde al foro).
SANCHO. Besar vuestra mano.
(Le besa la mano).
Morir á vuestros piés luego.

ESCENA VIII.

DOÑA THEUDA.—SANCHO GARCES.—EL CONDE GOMEZANO.
—LUPO que continúa paseándose fuera de la puerta del foro.

GOMEZA. Sancho.
THEUDA. ¡Ah!
GOMEZA. No temais que ataje
la manifiesta espresion
del mas completo homenaje.
Sancho, rendis vasallaje
á la infanta de Leon.
SANCHO. ¿Yo?
GOMEZA. Quien dobla la rodilla
é imprime en la diestra el lábio,
como vasallo se humilla
ó su alto rango mancilla,
haciendo á la Infanta agravio.
¿Rendis vasallaje?
SANCHO. Yo...
GOMEZA. ¿Haceis á la Infanta ultraje?
SANCHO. No.
GOMEZA. ¿Sois su vasallo?...
THEUDA. No.
No es mi vasallo: rindió
á una mujer homenaje.
GOMEZA. Nada, señora, comprendo.
Respondedme, Sancho, pues.
SANCHO. Yo la causa que defiendo
ni desamparo ni vendo.

THEUDA. Bien hecho, Sancho Garcés.
GOMEZA. ¿Quereis que siga imprudente
la senda que ha comenzado?
THEUDA. Quiero que cumpla lealmente,
á fuer de noble y valiente
lo que ante Dios ha jurado.
SANCHO. Señora, la fé jurada
guardaré con hidalguia.
Mi sangre toda y mi espada
son en la lucha empeñada
del hijo de don García.
Mas, si no reina en Pamplona
la hermosa infanta y desea
ceñirse una real corona,
su alto logro mi fé abona,
por mas difícil que sea.
Ese preciado tesoro
conquistará mi denuedo,
y con él montes de oro;
que aun tiene reinos el moro
en Zaragoza y Toledo.
THEUDA. Sancho Garcés, quien blasona
de leal y agradecida,
aunque pierda una corona,
verá en vos á la persona
á quien debe honor y vida.
Con valor, constancia y celo,
seguid por vuestro camino.
Que no os dé mi suerte duelo...
Escrito estará en el cielo
mi bueno ó malo destino.
Y en premio de la lealtad
que esa alma noble atesora,
el Conde la libertad
os devuelve... ¿No es verdad?
GOMEZA. Os equivocais, señora.
Pagar quisiera el favor...
SANCHO. Conde, no me debeis nada.
GOMEZA. Ese juvenil ardor
calmad, porque la mejor
respuesta es la mas pensada.
Sancho, si quereis salir
vivo, libre, y aun seguro,
juradme aquí desistir
de vuestra empresa...
SANCHO. Morir
en pró de mi empresa juro.
GOMEZA. Vuestra juventud me dá

lástima, pues, de un engaño
en pos, á la muerte vá.
¿Quién lo ha visto? ¿En dónde está
ese pretensor estraño?

SANCHO. No sé.

GOMEZA. ¿Por qué se resiste
á acaudillar vuestra gente?

SANCHO. No lo sé.

GOMEZA. Todo consiste
en que no existe.

SANCHO. Sí existe.
Quien me lo ha dicho, no miente.

GOMEZA. Fé teneis en su palabra.

SANCHO. Es mi Dios sobre la tierra.

GOMEZA. Vuestra desventura labra.

SANCHO. Aunque mi sepulcro abra,
haré en su nombre la guerra.

GOMEZA. Si su diestra Gomezano
os presentára, doncel...

SANCHO. No tocaría su mano.

GOMEZA. Ya veis, señora, que en vano
pretendo tratar con él.

THEUDA. Rechaza las condiciones
su heróico valor altivo.

GOMEZA. ¿Si rompo vuestras prisiones?...

SANCHO. Tremolaré mis pendones
con entusiasmo mas vivo.

GOMEZA. ¿No habrá paz entre los dos?

SANCHO. Ni tregua.

GOMEZA. Pensadlo bien.

SANCHO. Bien lo he pensado, por Dios.

GOMEZA. Pues es preciso que vos
perdais la vida tambien.

THEUDA. ¿Qué pretendeis?

GOMEZA. ¿Yo? Que muera.

THEUDA. Es imposible.

GOMEZA. Lo juro.
Y ya su cabeza espera
esa juventud guerrera
que se agrupa al pié del muro.

THEUDA. Vano alarde de rigor
haceis, porque no le espanta.

GOMEZA. No es un alarde...

THEUDA. ¡Señor!

GOMEZA. Morirá como traidor.

THEUDA. Su vida os pide la infanta.
¿Se la negareis?

GOMEZA. Señora,

su vida pedis en vano.

THEUDA. ¿No veis que os suplica y llora,
que arrodillada os implora
(Se arrodilla).
doña Theuda, Gomezano?

SANCHO. ¡Alzad señora! ¡Qué haceis,
noble infanta de Leon!
De rodillas no podeis
estar. Alzad.
(Se levanta doña Theuda).

THEUDA. ¡Oh! teneis,
Sancho, sobrada razon.
Conde Gomezano, quiero,
por propio derecho mio,
salvar á ese caballero.

GOMEZA. Aquí muerto ó prisionero
quedará.

THEUDA. Yo os desafio.
Y poder contra poder,
pretendo romper el yugo
que nos quereis imponer.
Conde, os reta una mujer.
(Garcés de Guevara al fondo).

GOMEZA. Lupo, que venga un verdugo.

ESCENA IX.

DOÑA THEUDA.—SANCHO GARCES.—EL CONDE GOMEZANO.—GARCES DE GUEVARA, que detiene á LUPO con un ademan y se adelanta.

GARCÉS. Espera.

GOMEZA. ¿Quién?

GARCÉS. Yo, Conde Gomezano.

SANCHO. ¡Padre mio!

GOMEZA. ¡Garcés!

GARCES. El de Guevara.
¿No me habeis conocido? Pues es llano,
que mucho ¡vive Dios! cambió mi cara.

GOMEZA. ¿A quién buscais?

GARCES. A vos. Y segun creo,
traerme á buen tiempo á mi destino plugo:
pues pensábais poner rico trofeo
en las manos sangrientas del verdugo.

GOMEZA. ¿Es Garcés de Guevara quien intenta
su cuello defender?

GARCES. Conde, de fijo.
GOMEZA. Con pocos medios el rebelde cuenta.
GARCÉS. Pensad que vengo á defender á un hijo.
GOMEZA. Puede costar á quien la intenta osado
tan árdua empresa, buen Garcés, la vida.
GARCES. Es un inconveniente que he pesado
antes de decidirme á la partida.
GOMEZA. Muy tranquila mostrais la altiva frente.
GARCES. Porque estoy de mi logro muy seguro.
GOMEZA. ¿Contais con los esfuerzos de esa gente
rebelde que se agrupa al pié del muro?
GARCÉS. Cuento con un recurso soberano,
que os debiera pasar en la memoria.
GOMEZA. ¿En mi memoria?
GARCES. Sí.
GOMEZA. Lo busco en vano.
GARCÉS. Buscadlo, conde, bien... Es una historia.
Una historia en la cual gran parte cupo...
GOMEZA. Esperad.
GARCES. ¿Os estorba algun testigo?
GOMEZA. En mi cámara guarda á Sancho, Lupo.
(Lupo se va con Sancho por la izquierda).
(A la infanta).
Señora...
THEUDA. Buen Garcés, contad conmigo.
(Se va por la derecha).

ESCENA X.

EL CONDE GOMEZANO.—GARCES DE GUEVARA.

GARCES. Solos estamos ya, y en mi presencia
te fuera vano el disimulo, Conde.
Yo sé cuanto del mundo esa ciencia
en su negra mansion callada esconde.
Yo puedo publicar...
GOMEZA. Presuncion loca.
¿Piensas domarme bajo el férreo yugo
de una amenaza?... No hablará esa boca
cuando corte ese cuello mi verdugo.
Estás en mi poder.
GARCÉS. ¡Ilusion vana!
Te conozco muy bien: sobre mi frente
la edad ha puesto cabellera cana,
y, quien fué temerario, ya es prudente.
Yo pasára el umbral de un caballero,

y en sus manos pusiera mi destino
seguro en su lealtad probada, pero
cáuto paso el umbral de un asesino.
(Movimiento del Conde).
De un asesino, sí. Sufre la pena,
del negro crímen sin probar escusa.
La sangre de tus reyes te condena;
la sangre de un ejército te acusa.

GOMEZA. ¿Nadie nos oye?...

GARCÉS. No.

GOMEZA. Calumnia impía
de ese crímen hicieron mis engaños;
y han pasado por él, dia por dia,
tú, lo sabes, Garcés, veinte y dos años.
Yo, criminal, en la Navarra impero:
tú, inocente, por mi gimes proscrito:
fijar la rueda de mi suerte espero,
sin que cambie su curso mi delito.
Un alcázar habito, tengo oro...

GARCES. Y una venda de sangre, Gomezano,
te ciega. Un pergamino guarda el moro...

GOMEZA. Si.

GARCÉS. Y ese pergamino está en mi mano.

GOMEZA. ¿Está en tu mano?

GARCES. Sí.

GOMEZA. Preciosa prenda
es, y has logrado singular conquista.
Bien digiste, de sangre roja venda
ofusca mi razon, turba mi vista.
Tienes razon: en mi despacho goza.
Vendiéndote el precioso pergamino,
en tu mano el walí de Zaragoza
ha puesto, lo conozco, mi destino.
Pero al pisar el ponzoñoso espacio
de este alcázar, trayendo tal tesoro,
has venido á perder en mi palacio
cuanto debiste á la traicion del moro.
¡Guardias!
(Entran algunos).
Aquí rodando tu cabeza
ese tesoro quedará por mio.
Torpe fuiste, Garcés, y tu torpeza...

GARCES. ¿Torpe?... já, já!... De tu furor me rio.
(Hablándole bajo).
Has buscado testigos, imprudente.

GOMEZA. Verdugos nada mas.

GARCÉS. Menguado empeño.

GOMEZA. Quitándote la vida, de repente

de ese escrito fatal quedaré dueño.

GARCÉS. Funesto error á la maldad te guia,
y en toda tu maldad te he conocido.
¿Sobre mí tal tesoro yo traeria
entrando en la mansion de un foragido?...

GOMEZA. Me engañas..

GARCÉS. Yo ni la traicion ni el dolo
uso, ni aun combatiendo á los traidores:
ni aun en las aras del deber inmolo
la honradez que heredé de mis mayores.

GOMEZA. Despejad.
(Se retiran los Archeros).

GARCES. Haces bien, y no perdamos
mas tiempo en discurrir: atento oido
préstame.

GOMEZA. Escucho pues.

GARCÉS. Solos estamos,
y vengo á proponerte un buen partido.
Sancho está en tu poder. gime en prisiones
contra toda razon, pero no quiero
su libertad pedirte con razones
que aprecia solamente un caballero.
Acudo á tu interés. Si ahora conmigo
libre Sancho Garcés del muro sale...

GOMEZA. ¿Callarás mi traicion?

GARCÉS. A mas me obligo.
Te haré merced que á tu merced iguale.
Si libre Sancho de su cárcel dura
llega á la hueste que domina el llano,
el pergamino, mi lealtad lo jura,
que compré al moro, pasará á tu mano.

GOMEZA. Dámelo.

GARCÉS. No soy yo quien ha de darte
prenda de tal valor; tan solo quiero
que arreglemos aquí, de parte á parte,
cange de prisionero y prisionero.
Tu con Sancho saldrás fuera del muro;
á tu encuentro vendrá, Conde, un anciano.
y, tratando los dos bajo seguro,
las prendas pasarán de mano á mano.
Para evitar engaños y traiciones,
las fuerzas igualar, medir la tierra,
usando las prudentes precauciones
que se suelen tomar en franca guerra.
Estos los pactos son que á proponerte
vine, aguijado por mi afan prolijo:
es el peligro igual, igual la suerte.
Tu reposo te doy... ¿Me das mi hijo?

GOMEZA. Sí. Pero en tanto que á ese cange salgo,
¿qué harás, Garcés?
GARCÉS. Te entrego mi persona.
Quiero arriesgar en esta empresa algo
y, sin mas que tu fé, quedo en Pamplona.
GOMEZA. A mi vuelta saldrás libre, seguro.
GARCÉS. ¿Tu palabra me das?
GOMEZA. Tal es mi intento.
GARCES. Dame un salvo conducto.
GOMEZA. (Escribe en un pergamino y lo entrega á Garcés).
Firmo y juro.
GARCES. Está bien. ¿Cumplirás tu juramento?
Pasan las horas, y el anciano espera.
GOMEZA. (Llamando).
Lupo, Sancho. Cumpliendo lo acordado,
vendré á buscarte.
GARCES. Como infame muera
quien falte á lo ofrecido y lo jurado.

ESCENA XI.

EL CONDE GOMEZANO.—GARCES DE GUEVARA.—SANCHO GARCES.—LUPO, que se coloca cerca de la puerta del foro.

GOMEZA. Libre estais, Sancho Garcés,
y, sin perder ni un minuto,
os entregaré á la hueste
que os espera al pié del muro.
Vamos...
SANCHO. Esperad.
GOMEZA. ¿Dudais
en seguirme?...
SANCHO. (Dirigiendo una mirada á Garcés).
Conde, dudo.
GARCES. Libre estás, Sancho.
SANCHO. Señor,
cuando entrásteis, al verdugo
destinaba mi cabeza
el Conde; pero tan súbito
cambio mediarán razones
que no alcanza mi discurso.
Quiero saber, padre mio;
y perdonad si os pregunto
yo, que en ser hijo obediente
toda mi vanidad fundo,
¿qué causas han motivado
un cambio que estraño mucho?

GARCES. El Conde, teniendo en cuenta
nuestros intereses mútuos,
acepta las condiciones
que mi lábio le propuso.

GOMEZA. Dice la verdad Garcés:
y las acepté con júbilo,
pues contra vos no abrigaba
resentimiento ninguno.
Vamos.

SANCHO. Esperad.

GARCES. ¿Por qué
quedas inmóvil y mudo?

SANCHO. Porque preguntando falto
á ese respeto profundo
y ciego que hácia mi padre
he guardado cuatro lustros;
y obedeciendo podria
faltar al sagrado, augusto
juramento que ante Dios
hice por consejo suyo.
Yo he prometido servir
á un huérfano, cuyo escudo
de los reyes de Navarra
el blason lleva, y presumo
que vos, oyendo de padre
el armor ardiente y puro,
quizás en daño del rey,
cedeis á su ardiante impulso.
Si del huérfano, librándome,
los altos planes destruyo,
negándome á quedar libre
lo que he jurado á Dios cumplo.

GOMEZA. ¿Rehusareis la libertad
que os ofrezco?

SANCHO. La rehuso.

GARCES. Sancho, yo, que no he mentido
nunca...

SANCHO. Lo sé.

GARCES. Te aseguro
que, librándote, del huérfano
á la salvacion acudo.
No estimo en tanto mi sangre
que me rinda al importuno
amor paternal, si asi
mi antigua lealtad deslustro.

SANCHO. Vamos.

(El Conde y Sancho dan algunos pasos: al ver éste que Garcés se queda, retrocede).

¿No venís?

GARCES. Espero
la vuelta del Conde.

GOMEZA. Justo.

SANCHO. Pretendeis en mi lugar
rendir la cerviz al yugo.
Todo lo comprendo, Conde!
á mi libertad renuncio.

GARCES. Libre saldré de Pamplona
á su tiempo.

GOMEZA. Yo lo juro.

SANCHO. Me han enseñado á no dar,
y no lo tomeis á insulto,
valor á los juramentos
de quien ha sido perjuro.

GOMEZA. ¡Sancho!

SANCHO. Mi resolucion.
Conde, francamente anuncio,
y no ha de apartarme de ella
razon ni pretesto alguno.
Preparadme el calabozo
mas estrecho ó mas oscuro,
ó haced pronto que mi sangre
corra en anchurosos surcos,
ya que mi fatal destino
en vuestras manos me puso;
pero no consentiré,
Conde, por nada del mundo
que sufra Garcés Guevara
lo que yo gustoso sufro.

GARCES. Mi libertad y mi vida
guarda este salvo-conducto.

SANCHO. Quien á su palabra y fé
falta con torpe perjurio,
tambien faltará, señor,
á lo que escribe su puño.

GARCÉS. Quien olvida un juramento,
como tú olvidas el tuyo,
Sancho, ni aun derecho tiene
de llamar á otro perjuro.

SANCHO. Padre.

GARCÉS. De aquí, con el Conde,
quiero que salgas al punto,
para defender la causa
que comprometió tu orgullo.
Ni á tí ni á mí nuestras vidas
nos pertenecen: con sumo
saber Dios omnipotente

y santo así lo dispuso.
Tu vida es del heredero
del rey. Desde su sepulcro
el mártir de Lecumberri
te está gritando, y te impuso
deberes un juramento
que vas convirtiendo en humo.
¿Dudas?

SANCHO. ¡Padre!

GARCES. Yo lo mando.

SANCHO. Señor...

GARCES. ¡Aun dudas!...

SANCHO. (Adelantándose resueltamente).
No dudo.

GOMEZA. Hasta mi vuelta, respondes
de Garcés Guevara, Lupo.
(Sancho y el Conde se van por el foro).

ESCENA XII.

GARCÉS DE GUEVARA.—LUPO, que continúa fuera de la puerta del foro.

GARCES. Queda esa puerta guardada
y, Sancho tiene razon,
palabras escritas son
para un vil perjuro nada.
Mas salvarlo por la ley
debí de un buen caballero,
que es para mí lo primero
servir al hijo del rey.
Inestimable tesoro
ha salido de mi mano,
dando al Conde Gomezano
el pergamino del moro.
Es pérdida no pequeña
entregarle del delito
la prueba... Otro manuscrito
hay en San Juan de la Peña.
Este de nuestro poder
no saldrá, por Dios lo juro,
y con él, estoy seguro
de luchar y de vencer.
Lo que necesito ahora
es saber si Sancho ahora
con sus guerreros...—¿Quién vá?

THUDEM. La infanta, Garcés.

ARCÉS. Señora...

ESCENA XIII.

GARCÉS DE GUEVARA.—DOÑA THEUDA, por la derecha.—LUPO en su puesto.

THEUDA. ¿Y Sancho?
GARCES. Libre.
THEUDA. ¡Dios mio!
Pero, confuso os advierto.
¿Será cierto?
GARCES. Sí, muy cierto.
Yo, gran señora, os lo fio.
THEUDA. ¿Fuera está de su prision?
GARCES. A su hueste habrá llegado.
THEUDA. ¡Ay! Qué peso habeis quitado
á mi pobre corazon!
GARCES. ¡Señora!...
THEUDA. ¿Pero por qué
dudais?...
GARCES. Yo dudo, y me aflijo
porque quien salvó á mi hijo
fuisteis vos.
THEUDA. ¿Yo lo salvé?
GARCES. Sí señora; y perdonad
que os he robado un tesoro...
El pergamino del moro
me cuesta su libertad.
Confieso que no debí
entregarlo, pues derecho
me faltaba.
THEUDA. Está bien hecho
cuanto habeis hecho.
GARCES. ¿Sí?
THEUDA. Sí.
Y por ello os quedo yo,
Garcés, muy agradecida;
que así he salvado la vida
á quien mi vida salvó.
GARCES. Vuestros proyectos, quizás
yo mismo destruyo...
THEUDA. Nada.
Si está mi deuda pagada,
poco importa lo demás.
¿Esa pérdida, Garcés,
al hijo de don García

hará daño?

GARCES. Todavía
nos resta un medio...

THEUDA. ¿Cuál es?

GARCES. Bajo el ara sacrosanta
de un famoso monasterio,
guardado con gran misterio,
está un manuscrito, infanta.
En él una madre enseña,
aunque moribunda ya...

ESCENA XIV.

GARCES DE GUEVARA.—DOÑA THEUDA.—THUDEMIRO por el foro.—LUPO en su puesto.

THUDEM. El moro, Garcés, está...

GARCÉS. ¿Dónde?

THUDEM. En San Juan de la Peña.

GARCES. ¿Qué decís?

THUDEM. Apoderado
de él, allí fija su asiento.

GARCES. ¡El manuscrito sangriento
en su poder ha quedado!
(El Conde al foro).
Estrella desventurada
preside á nuestro destino.
Ahora vale el pergamino
del moro...

ESCENA ÚLTIMA.

GARCÉS DE GUEVARA.—DOÑA THEUDA.—THUDEMIRO.—EL CONDE GOMEZANO, seguido de LUPO y algunos Archeros.

GOMEZA. (Tirando el pergamino hecho pedazos á sus pies).
No vale nada.

GARCES. Bien, aun nos queda el valor
de mil valientes guerreros,
y sabrán nuestros aceros...

GOMEZA. Calma, Garcés, tu furor.

GARCES. Dejadme salir...

GOMEZA Despacio.
Garcés, me conoces mal.
No pasarás el umbral

de este funesto palacio.
En un calabozo oscuro
te guardarán...

GARCES. Te prevengo
que un salvo-conducto tengo.

GOMEZA. ¿No sabes que soy perjuro?

GARCES. (Con el salvo-conducto en la mano).
Él tu infame alevosía
publicará, Gomezano.

GOMEZA. Arrancadlo de su mano.
(Lupo y algunos guardias intentan arrancarle el pergamino, pero la infanta se apodera de él, al mismo tiempo que Garcés pone mano á la espada).

THEUDA. Arrancadlo de la mia.

GOMEZA. Señora...

THEUDA. Yo lo protejo.
Moved resuelto la planta.
(A Garcés).
Paso, guardias, á la infanta,
y servirnos de cortejo.
Ningun obstáculo vos
(Al Conde mostrando el salvo-conducto).
pongais, porque este testigo
hablará. Contad conmigo,
(A Garcés).
y que nos proteja Dios.
(Salen por el foro la infanta y Garcés, siguiéndolos Lupo y los Guardias).

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Un salon espacioso con una gran puerta en el fondo, que comunica con una capilla, y dos grandes puertas colaterales. Sobre las puertas algunos trofeos formados con banderas moras. Cuatro grandes panoplías en los cuatro ángulos. Varios asientos á uno y otro lado. Entre las dos filas de asientos una especie de mesa formada con lanzas, hachas de armas y espadas; sobre ella un gran pavés, y sobre el pavés una corona y una espada. La puerta del fondo está cerrada.

ESCENA PRIMERA.

THEUDA.—THUDEMIRO.

THUDEM. (Señalando la puerta del foro).
Allí nuestros infanzones
se arrodillan ante el ara,
y un obispo á Dios eleva
sus reverentes plegarias.
Cuando concluya la misa
vendrán todos á esta cámara,
y alzarán sobre el pavés
á quien elijan monarca.
Tiene el Conde Gomezano
sus precauciones tomadas,
y partireis con Ordoño
esa dignidad tan alta.

THEUDA. ¿Nada de Sancho Garcés
sabeis?

THUDEM. Gran señora, nada.
Sé que á San Juan de la Peña
marchó con su hueste brava,

á presentar á los moros
en campo abierto batalla.
Sé que prometió romper
esa cadena pesada,
que intentan á vuestro cuello
echar; pero mucho tarda.
Sé que cerca de Pamplona
está Garcés de Guevara;
pero ya, señora, pierdo
mis mas dulces esperanzas.

THEUDA. Yo tambien.

THUDEM. Que vuestra frente
en trance tal no se abata;
pues debe estar mas altiva
cuando es mayor la desgracia.

THEUDA. Hace tiempo que mis ojos
llanto amargo no derraman,
y al fondo del corazon
se han retirado mis lágrimas.
Yo no soy la mujer débil,
que en la soledad lloraba,
que con repetidos golpes
tambien se endurece el alma.
Entre enemigos me veo,
mujer sola, abandonada;
pero han quedado conmigo
el amor y la constancia.
Quieren ceñir á mi frente
la corona de Navarra,
sin reparar que no busca
ni quiere tan grave carga.
Pues bien, para resistir,
padre, valor no me falta,
y quizás haré que al suelo
rota en mil pedazos caiga.

THUDEM. Tal resolucion me admira,
y tanto valor me pasma.

THEUDA. ¿De qué empresa no es capaz
una mujer cuando ama?
Todo lo sabeis; he sido
con vos en estremo franca,
y sois el único amigo
que hallo en esta tierra estraña.
Hoy aborrezco, señor,
á Ordoño, que ayer no amaba:
y antes cortaré mi diestra
que al que aborrezco entregarla.
Admiracion hácia Sancho

me inspiró su heróico saña;
hoy la memoria lo admira,
y el corazon lo idolatra.
El es simple caballero,
yo soy de Leon infanta;
mas pueden llevar coronas
los varones de su raza.
Es su estirpe mas ilustre
que la de Ordoño, mas clara;
rechazar no puede á Sancho
quien con Ordoño me casa.
En nuestros nacientes reinos,
entre sus gentes bizarras,
puede ser el mejor rey
quien blande la mejor lanza.
Y si un yelmo es la corona,
y el mejor cetro una espada,
por Dios que á Sancho Garcés
todos cederán la palma.
Además, yo no pretendo,
por derecho, ni por gracia,
el cetro empuñar que otro
con mas derecho reclama.
Den corona á quien tal alto
sus pensamientos levanta,
que, para vivir contenta,
solo aspiro á ser esclava.

THUDEM. ¡Oh! ¡Señora! vos y Sancho
solo mereceis llevarla,
y quizás para los dos
la fortuna la prepara.

THEUDA. ¿Qué decís? Sancho no puede
faltar á la noble causa
que defiende, sin cubrirse
de la mas cobarde infamia.
Y si de ese modo una
corona me presentara,
con desden arrojaria
esa corona robada.

THUDEM. Vos no sabeis...

THEUDA. ¿Qué?

THUDEM. La puerta
abren.

THEUDA. Antes que se abra,
me alejo de aquí.

THUDEM. Señora,
¿qué pensais hacer?

THEUDA. Me asaltan

mil confusos pensamientos
que me agitan y me embargan.
Mas no importa: tengo en Dios
una entera confianza.
(Se vá por la derecha).

ESCENA II.

THUDEMIRO.—Se abre la puerta del foro y van saliendo varios nobles y algunos PRELADOS.—EL CONDE GOMEZANO viene el último. En el tiempo que esté abierta la puerta se verá el interior de la capilla, y en el fondo de ella un altar.

THUDEM. (Dice estos versos muy adelantado en el proscenio, y en tanto que Gomezano, los nobles y obispos se colocan).
De la aplazada eleccion
llega el momento temido;
dilatarlo no he podido,
y llega en mala ocasion.
No hay remedio, inútil es
que yo á resistir me atreva...
No tengo ninguna prueba...
me falta Sancho y Garcés.
Solo en la lid he quedado,
y en ella espero funesto
desenlace.

GOMEZA. ¿Vuestro puesto
no ocupais, santo prelado?

THUDEM. Si, conde; y derrame Dios
pensamientos de luz llenos
sobre tantos hombres buenos
y sobre mi y sobre vos.

GOMEZA. Ya oramos.

THUDEM. El poderoso
Dios estienda su clemencia
á iluminar la conciencia
de tanto varon piadoso,
Pues conoce, en su infinita
preciencia, todo lo grave
del caso, y él solo sabe,
la fé que se necesita.

GOMEZA. Obispos, nobles, abades,
declaro que en mi opinion
esta importante eleccion
no ofrece dificultades.
Tras un interregno, largo
y borrascoso en verdad,

preterido la autoridad
resignar que está á mi cargo.
Sin descendiente varon,
muerto el buen rey don García,
su derecho recaia
en la reina de Leon.
Y aunque con arreglo al fuero
de Navarra, nuestra ley,
nosotros damos al rey
libremente el heredero,
quisimos, no sin razon,
pues era grave el asunto,
guardar hasta cierto punto
el órden de sucesion.
Tras negociacion prolija,
su derecho, no sin pena,
la reina doña Jimena
dá á doña Theuda su hija.
Vosotros, y yo no exijo
ciega obediencia forzosa,
sabeis que, al dárselo, esposa
la declaró de mi hijo.
Libres sois, cumplid la ley:
mas, y es sagrada la deuda,
si ha de reinar doña Theuda,
Ordoño debe ser rey.
Vuestra voluntad lo encumbre.
Sentaos, y con calma hablemos.

ESCENA III.

THUDEMIRO.—EL CONDE GOMEZANO.—OBISPOS.—ABADES.—NOBLES.—GARCES DE GUEVARA, que entra resueltamente por la izquierda y se coloca á la cabeza de los NOBLES.—VIGILANO á la puerta de la izquierda, sin pasar el umbral.

GARCES. De pié deliberaremos,
segun la antigua costumbre...
THUDEM. ¡Garcés!
GOMEZA. ¿Garcés de Guevara?
GARCES. Garcés de Guevara.
GOMEZA. ¿Aqui
Garcés de Guevara?
GARCES. Si.
¿No me estais viendo la cara?
GOMEZA. ¿A qué vinisteis, por Dios?

GARCES. Os dejaré satisfecho.
Vengo á usar de mi derecho,
pues soy mas noble que vos.
Y cuando el concilio empieza,
por mas que os cause pesar,
un Guevara debe estar
al frente de la nobleza.
Sigo la costumbre, pues,
desde tiempo muy antiguo,
y con todos atestiguo,
este nuestro sitio es.
Si incurre en error funesto
Garcés, la réplica espera.
¿Hay quién disputarme quiera
á mí, á un Guevara este puesto?
THUDEM. Ocupais vuestro lugar.
NOBLES. Sí, sí.
GOMEZA. A tiempo habeis llegado.
GARCES. Aun no habeis deliberado...
Quiero, señores, hablar.
Todos sabeis que bizarra,
con marcial atrevimiento,
un pendon tremola al viento
la juvented de Navarra.
Con indomable porfía
y con afan bien prolijo,
lidiando está por un hijo
del muerto rey don García.
Yo sé que nombrar podemos
monarca, acato la ley,
y á quien aquí hagamos rey
será rey, porque lo hacemos.
Mas declara mi lealtad
que hay de aquel tronco una rama;
que lo que cuenta la fama
es, señores, la verdad.
GOMEZA. La verdad, y el impostor
su nombre y su faz esconde.
GARCES. Su rostro no oculta, conde,
y hasta admira su valor.
GOMEZA. ¿Sosteneis que existe?
GARCES. Sí.
GOMEZA. Eso mienten sus amigos.
GARCES. De que nació hay tres testigos.
GOMEZA. ¿Pero en dónde están?
GARCES. Aquí.
GOMEZA. ¿Quién es el primero?
GARCES. Yo.

GOMEZA. Un testigo interesado.
THUDEM. Yo el segundo.
GOMEZA. ¿Vos, prelado?
(Signo afirmativo del Obispo).
VIGIL. Y yo.
(Adelantándose).
GOMEZA. ¿Tú?
VIGIL. Si... ¿Por qué no?
Oiga mi voz, la faz mia
mire, quien cabello cano
peine. Yo soy Vigilano,
(Rumor de asentimiento).
médico de don García.
En mis brazos recibí
al niño que al mundo dió
la reina, cuando espiró:
y así lo declaro aquí.
Yo, junto á la asesinada
madre, advierto vuestro asombro,
una cruz tracé en el hombro
del niño, en forma de espada.
Y la reina en su agonía,
en su dolor infinito,
un lienzo, con sangre escrito,
nos dejó, en que referia
la triste historia en que ya
sabeis, que con juramento
confirmo una vez y ciento.
GOMEZA. ¿Ese lienzo en dónde está?
VIGIL. (Balbuciente).
Ese lienzo...
GOMEZA. ¿Qué murmura
tu labio?
VIGIL. Quedó escondido.
GOMEZA. ¿En dónde está?
VIGIL. Se ha perdido.
GOMEZA. Ya está clara la impostura.
Lienzos de tanto valor
no se dejan olvidados.
GARCES. Se pierden por muy guardados.
GOMEZA. O los finje un impostor.
GARCES. Conde...
GOMEZA. (A la asamblea).
Ya podeis juzgar
de cuanto ha dicho Garcés
y sus compañeros: es
tiempo de deliberar.
A todos pregunto yo:

despues de impostura tanta,
¿rechazareis á una infanta
nieta de nuestro rey?

NOBLES.
OBISPOS. } ¡No!

GOMEZA. Pues tranquilos decidid,
ya que mi lealtad lo abona
de quién será esa corona.

VARIOS. De Theuda y Ordoño.

ESCENA IV.

THUDEMIRO.—EL CONDE GOMEZANO.—GARCES DE GUEVARA.—VIGILANO.—NOBLES.—OBISPOS.—ABADES.—DOÑA THEUDA por la derecha.

THEUDA. Oid.
(Thudemiro se acerca á la infanta).

GOMEZA. Gran señora, perdonad;
pero estar en el Consejo
no debeis...

THEUDA. Muy pronto os dejo
en entera libertad.
Y aunque vana ostentacion
de fuerza pudiera hacer
tímida, débil mujer,
donde está tanto varon;
yo, que de noble blasono,
en tal sitio no estuviera
si solícita quisiera
que me elevasen al trono.
Mas penetra mi persona
en este augusto lugar
porque debo declarar
que no aspiro á la corona.

GOMEZA. ¡Señora!

THEUDA. Mi decision
es invariable á fé mia.
Queda del rey don García
un descendiente varon.
Contienda civil desgarra
el reino, lo sabeis, sí.
Yo no quiero que por mí
la sangre inunde á Navarra.

GOMEZA. Cumplid, señora, obediente...

THUDEM. No prosigais, por mi vida:
corona en sangre teñida

espinas clava en la frente.
(A la asamblea).
Sé que podeis disponer
de la corona, que el fuero
monarca hará valedero
á quien le deis el poder.
Encender mas las pasiones,
apelo á vuestra conciencia,
no es digno de la prudencia
de tantos claros varones.
Tiempo esperad de reposo...

GOMEZA. ¿Con qué derecho, señora,
quereis arrancar ahora
la corona á vuestro esposo?
¿Qué razon habrá que arguya
en pró de accion tan bizarra?

THEUDA. Ni Ordoño es rey de Navarra,
ni yo soy esposa suya.

GOMEZA. ¿Qué no sois su esposa vos?
¿Lo negareis por ventura?

THEUDA. Es esposa la que jura
fé en los altares de Dios.

GOMEZA. El compromiso formado
por razon de estado...

THEUDA. Bien,
ahora lo rompe tambien
la misma razon de estado.

GOMEZA. Mucho, señora, me admira
vuestra decision y brio.

THEUDA. (A Thudemiro).
(Sostenedme, padre mio,
que mi valor es mentira).

GOMEZA. ¿No sereis suya?

THEUDA. Jamás.

GOMEZA. ¿Pretendeis que esta asamblea
no os proclame?

THEUDA. Que así sea
espero.
(A Thudemiro, dando muestras de debilidad).
(No puedo mas).

GOMEZA. (A la asamblea).
¿Qué decidis?..

GARCÉS. Respetamos
la prudente decision
de la Infanta, y la eleccion
resueltamente aplazamos.

GOMEZA. Por el apóstol San Pablo
que decidis altanero.

GARCES. Me toca hablar el primero,
conde, y el primero hablo.
GOMEZA. ¿Y no temeis?
GARCES. Fuera mengua
temer en este lugar,
y cuanto siento he de hablar
mientras que guarde mi lengua.
Espero en tiempo tan vário
á mejores acomodos.
¿Opinais conmigo?
TODOS. Todos.
GOMEZA. Pues yo opino lo contrario.
Supuesto que la razon
de vosotros en mal hora
huye, recibid ahora
mi suprema decision.
(Se acerca á la mesa, coge la espada y hiere con su pomo el pavés).

ESCENA V.

THUDEMIRO.—EL CONDE GOMEZANO.—GARCES DE GUEVARA.—VIGILANO.—DOÑA THEUDA.—NOBLES.—ABADES.—LUPO, que se presenta por la puerta del foro con varios HOMBRES DE ARMAS, otros entran por las dos puertas colaterales.

GARCÉS. (Poniendo mano á la espada; algunos lo imitan).
¡Traicion!
GOMEZA. Resistencia vana.
GARCES. ¿Quereis subyugarnos?
GOMEZA. Sí;
porque debe ser aquí
mi voluntad soberana.
Quereis romper los tratados
forjando pretestos mil
y mil delaciones, vil
caterva de conjurados.
Pues sabrá mi autoridad
hacer que al momento tuerza
vuestra voluntad la fuerza,
que impere mi voluntad.
Rey yo mismo de Pamplona
seré, con ley ó sin ley,
Proclamadme como rey,
porque es mia esta corona.
(Coge la que está sobre el pavés, con la mano izquierda, conservando la espada en la derecha).

Vuestra cólera se irrita.
Alzadme sobre el pavés.

ESCENA ULTIMA.

THUDEMIRO.—EL CONDE GOMEZANO.—GARCES DE GUEVARA.—VIGILANO.—DOÑA THEUDA.—LUPO.—NOBLES.—OBISPOS.—ABADES.—SANCHO GARCES que se precipita sobre el Conde y le arranca la corona antes que la coloque sobre su cabeza; en pos de él SANCHO, RAMIRO y FORTUÑO.—Muchos de sus guerreros aparecen en las tres puertas, y varios de ellos se abalanzan sobre los soldados del Conde y los desarman.

SANCHO. Lo impide Sancho Garcés,
que esta corona te quita.
GOMEZA. ¡A las armas!
SANCHO. Fuera en vano
intentar nuevas alarmas.
Tu gente rinde las armas.
Mira, Conde Gomezano.
(A Garcés).
Cayó la enemiga enseña
al pié de nuestros pendones,
y del moro las legiones
rompí en San Juan de la Peña.
Rescató nuestro valor,
con un júbilo infinito,
el sangriento manuscrito.
GARCES. ¿En donde está?
SANCHO. (Presentándole una caja).
Aqui señor.
GARCES. ¿No lo has visto?
SANCHO. Yo respeto,
y vos me habeis enseñado,
todo lo que está guardado,
todo lo que es un secreto.
La caja, señor, abrid.
y no mostrareis enojos,
porque no han visto mis ojos
lo que ella contiene.
GARCES. (Abre la caja y saca una toca).
Oid.
(Leyendo). «En medio de un campo de batalla, reclinada »sobre el cadáver de mi esposo, herida yo misma de »muerte, á presencia de tres testigos, que lo son, Thu»demiro, obispo de Pamplona, Garcés de Guevara. in-

»fanzon, y Vigilano, mi fiel médico, he dado á luz un »hijo, á quien bautizo con mi sangre, y se llamará San»cho. Confio su custodia á la lealtad de estos tres fieles »servidores, y, para que sea reconocido el hijo de los »últimos reyes de Navarra, he mandado que le haga el »médico sobre el hombro izquierdo, una incision en »forma de espada. Próxima á comparecer ante Dios, lo »escribe y firma con su sangre.—Urraca, reina de Na»varra.»

SANCHO. Repetid.
GOMEZA. ¿Por qué ese asombro?
SANCHO. ¿Dice que tiene una espada?
GARCÉS. Sí.
SANCHO. Pues yo tengo grabada
una espada sobre el hombro.
GARCES. Porque eres el noble fruto
de nuestros reyes.
SANCHO. ¿Soy yo
el huérfano que nació
aquella noche de luto?
GARCÉS. Sí. Declaro tu nobleza.
THUDEM. Y yo.
VIGIL. Y yo tambien.
SANCHO. (Llegándose á doña Theuda).
Señora,
yo puedo ceñir ahora
corona á vuestra cabeza.
(Intenta ceñirla la corona y doña Theuda lo detiene).
THEUDA. ¿Qué haceis, señor?
SANCHO. (Retrocediendo).
Es verdad.
(Pone la corona sobre el pavés).
Hijo soy de don García,
mas la corona no es mia,
es del reino.
(A los próceres).
Perdonad.
GARCÉS. Bien, Sancho.
THUDEM. Bien, Sancho Abarca.
Obrar así te conviene;
mas derecho á reinar tiene
el hijo de un buen monarca.
SANCHO. Cumplo el deber que me impongo,
aunque me ensalceis benigno:
debe reinar el mas digno,
y yo al mas digno propongo.
Si quereis de estirpe clara
rey, sábio en paz, bravo en lid,

infanzones, elegid
rey á Garcés de Guevara.
Libres sois, con mis guerreros
me retiro. Que la ley
se cumpla. Nombrad un rey
segun los antiguos fueros.
(Quiere retirarse).

GARCÉS. ¡Oh! Sancho, espera.

THUDEM. Te aclaman
rey tantas virtudes.

TODOS. Sí.

THUDEM. Ya lo ves, todos aqui
uniformes te proclaman.
Ven acá, Sancho Garcés,
(Sancho se acerca).
Te hacemos rey de Pamplona.
(Le entrega la espada).
Yo te ciño la corona.
(Lo hace).
Alzadle sobre el pavés.
(Cuatro caballeros, entre ellos Guevara y el Conde, lo alzan sobre el pavés).

GARCES. Señor, hasta ahora habeis sido
buen hijo, muy buen soldado.
Lidiad como habeis lidiado:
reinad como habeis vivido.

SANCHO. Bueno he pretendido ser
y de mi empeño no cejo;
si me dais vuestro consejo,
que mucho lo he menester.
Disponed lo que bien cuadre.

GARCES. Yo, para mi, un premio exijo.

SANCHO. ¿Cuál?

GARCES. El llamaros mi hijo.

SANCHO. (Abriéndole los brazos)
¡Pues no os llamo yo mi padre!

GARCÉS. Esas palabras me dan
felicidad tan inmensa,
que ella sola recompensa
veinte y dos años de afan.
(Arrojándose en los brazos de Sancho).

SANCHO. ¿Llorais, padre?

GARCES. (Separándose).
Sí, hijo, sí.
Que mi llanto no te asombre.
(Serenándose).
Pero ya empiezo á ser hombre,
y tú á ser rey: ¿no es así?

SANCHO. (Dirigiéndose al Conde).
Sí:—Yo os prometí, de encono
ciego, Conde Gomezano,
daros muerte por mi mano...
Hoy hago mas... os perdono.
GOMEZA. (Queriendo arrodillarse).
Señor...
SANCHO. Basta. Con razon
(A Thudemiro).
en vuestra lealtad confio,
mañana ireis, padre mio,
de embajador á Leon.
Y á su rey pedireis, pues
de él espero merced tanta,
la real mano de la infanta
para el rey Sancho Garcés.
(Llegándose á la Infanta).
Si merece mi pasion
tesoro tan soberano.
THEUDA. ¡Oh! Bien sabeis que mi mano
es vuestra, y mi corazon.
THUDEM. El mandato cumpliré
satisfecho y obediente.
SANCHO. Padre, os espero impaciente.
THUDEM. Noble rey, no tardaré.
SANCHO. Pidan á mi efecto muestra
todos; por que no importuna
quien pide al rey.
VIGIL. Pido una.
SANCHO. ¿Cuál es?
VIGIL. Besar vuestra diestra.
SANCHO. (Tendiéndosela.)
Estrechadla, y nada mas.
Vos siempre sereis comigo
el amigo, el fiel amigo;
pero el vasallo jamás.
GARCES. Bien, hijo mio.
SANCHO. El encono
civil huya de esta tierra;
hagan contra el moro guerra
cuantos levantan mi trono,
puesto que subir me han hecho
á tan alta dignidad
vuestra libre voluntad,
DIOS MI BRAZO Y MI DERECHO

FIN DEL DRAMA.

GOBIERNO POLITICO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 26 de Marzo de 1853

Examinada por el Censor de turno, y de conformidad con su dictámen puede representarse.

Melchor Ordoñez.

Los cuentos de la Reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El marido duende.
El remedio del fastidio.
El lunar de la marquesa.
La pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La ceniza en la frente.
Un matrimonio á la moda.
La voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le da hijos..!
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna
El oficialito.
Ataque y defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un hidalgo aragonés
Un verdadero hombre de bien.
La esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, hijo!
No se venga quien bien ama.
La estudiantina ó El diablo de Salamanca.
La escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los primos.
El bandido incógnito ó La Caverna invisible.
Quien bien te quiere te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y desengaños
La amistad ó las tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS

Desdichas de Timoteo.
La luna de miel.
Un ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo, ó El Principe de Montecresta.
Las diez de la noche.
El congreso de gitanos.
El preceptor y su mujer.
La ley sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las Cucas.
Gerónimo el albañil.
María y Felipe.

EN UN ACTO.

La señora de Mendoza?
De fuera vendrá...
Juan el tornero.
La doctora en travesuras.
Un milagro del misterio.
La mula de mi doctor.
A los pies de V. señora.
Remedio para una quiebra.
El sistema de Felipa.
El sistema de Felipe.
La mujer de dos maridos.
Ladron y Verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
Un viaje alrededor de mi mujer.
Un viaje alrededor de mi marido.
El marido universal.
Un sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un fusil del dos de Mayo.
Cuerdos y locos.
Pst... Pst.
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La piel del diablo.
Si buena insula me dan.
El perro rabioso.
De qué?
La herencia de mi tia.
La capa de Josef.
Alí-Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los apuros de un guindilla.
El sacristan del Escorial.
El sol de la libertad, *loa.*
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la córte á pretender.
Treinta dias despues, 2.ª parte de *El corazon de un bandido.*
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las abispas.
El aguador y el misántropo.
Acertar por carambola.
El rey por fuerza.
Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil...

El chal verde.
El don del cielo.
La esperanza de la patria, *loa*.
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El corazon de un bandido.
Cenar á tambor batiente.
Las jerobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gázquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero ó Una aventura de Luis Candelas.
¡Estrupicios del amor!
Mi media naranja.
Un ente singular.
Juan el Perdio.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton!...y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y mujer.
La casa deshabitada.
Cuerpo y sombra ó Dos y uno.
Un angel tutelar.
El turron de Noche buena.
Un contrabando.
El Retratista.
Un año en quince minutos.
¡Un cabello!
Como usted quiera.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Concha!
Diego Corientes.
El Padre Cobos.
Una aventura en Marruecos.
Haydé ó El secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las señas del Archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya!
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones.
El campamento.
Por seguir á una mujer.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de don Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de S. Lorenzo.
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agua.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del Canal.
La Noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del Duende, para piano y canto.

ADVERTENCIAS.

La Direccion se halla establecida en Salamanca, desde donde se servirán los pedidos que se hagan.

Pidiendo ejemplares á la Direccion se hace una rebaja proporcionada á la importancia del pedido.

3 0112 117453818